

SILVA A LA CIUDAD DE LOGROÑO

Colección Planeta Clandestino # 229
Primera edición: agosto 2021 (300 ejemplares)
De los poemas: Francisco López de Zárate
De la edición y notas: María Teresa González de Garay
Ilustración: *Semanario Pintoresco Español*, T. X, Madrid,
1845. Imprenta de D. V. de Lalam.
Fotografía estatua de López de Zárate: Larry
Grafismo: Enrique Cabezón

Edición:
ediciones del
4 de agosto
Alcanadre, 3. 2ª A
26006 Logroño (La Rioja)
4deagosto@gmail.com



Esta obra está bajo una licencia Reconocimiento - No comercial - Sin obras derivadas 2.5 España de Creative Commons. Para ver una copia de esta licencia, visite:

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/es/>

D.L.: LR 568-2021
ISBN: 978-84-16536-91-7
Impreso en la U.E.



SILVA A LA CIUDAD DE LOGROÑO

Edición y notas de
María Teresa González de Garay

Francisco López de Zárate



PRÓLOGO A LA EDICIÓN CRÍTICA DE LA SILVA

I. SEMBLANZA BIOGRÁFICA DE FRANCISCO LÓPEZ DE ZÁRATE

Francisco López de Zárate nació en Logroño hacia 1580 y murió en Madrid en 1658, tras padecer en los últimos años de su vida una serie de enfermedades —parálisis y sordera—, que unidas a la decadencia propia de su edad avanzada, le inspirarían alguno de sus mejores sonetos¹. Su padre, Rodrigo López de Zárate, aparece vinculado en diversos documentos a actividades comerciales de cierta importancia: abastecimiento de cueros a los zapateros de la ciudad, venta al por mayor de especias como el azafrán, tejidos, cáñamo, etc. Probablemente estas actividades estaban dirigidas desde un bien surtido almacén de variados y abundantes géneros. D. Rodrigo, además de mercader, fue también Regidor perpetuo de Logroño, cuyo nombramiento y juramento fue formalizado en 1585². A esta elevada posición económica y social de los padres de Zárate se sumará la herencia de sus tíos, hermanos entre sí, Diego y María López de Zárate, que fundaron una Capellanía en la villa de Ocón (de la que nuestro poeta era ya Patrón en 1619) y un vínculo y mayorazgo en favor del único hermano varón de Francisco L. de Zárate, Diego. Además de Diego, Zárate tuvo cuatro hermanas. Tres de ellas profesaron como religiosas: Ana María y Úrsula en el convento de San Agustín de Logroño y Josefa en el Monasterio de Nuestra Señora la Real de Barriá, en Álava³. La cuarta hermana contrajo matrimonio con don Jerónimo Callejo, Secretario del Santo Oficio de la Inquisición en Logroño. En 1624, muerto Diego, nuestro poeta pasará a heredar y a poner orden en las menguadas rentas producidas por el mayorazgo, de las que Graciosa y su esposo

reclaman mil ducados, prometidos por el difunto tío a ésta y que, según sus palabras: «el dicho Diego López de Zárate, mi hermano, no lo hizo, antes gastó y consumió mucha parte de los dichos bienes y usufructo dellos... y como inmediata sucesora que yo la dicha doña Graciosa López de Zárate soy en el dicho mayorazgo, después de los días de Francisco Lopez de Zárate, mi hermano...»⁴.

En 1589 y 1600 aparece matriculado en la Facultad de Cánones de Salamanca, en la que cursó los dos primeros cursos de derecho y probablemente, alguno más⁵. Muchas son las posibilidades de que Zárate estudiase humanidades en la escuela de Gramática fundada en Logroño en 1590 por los Jesuitas⁶, con quienes mantuvo a lo largo de su vida múltiples contactos, como se desprende de sus obras líricas, en las que se encuentran numerosos poemas dedicados a temas religiosos que reflejan intenso conocimiento y devoción por el ideario de la Compañía, y otros tantos escritos con motivo de la participación en los certámenes, justas y fiestas por la canonización o beatificación de Santos vinculados de uno u otro modo con los jesuitas, especialmente Ignacio de Loyola, Francisco de Javier y Francisco de Borja. Gracián le dedicó varias alusiones llenas de respeto en su *Agudeza y arte de ingenio* y entre 1617 y 1622 Zárate participó en la Academia dirigida por Sebastián Francisco de Medrano, constituida por un grupo de jóvenes poetas que se reunían en una pequeña habitación de la Residencia jesuítica madrileña ofrecida por el padre Ferrer⁷. La profunda fe y el hondo sentimiento religioso, siempre dentro de la ortodoxia, constituyeron sin duda un centro al que Zárate tendió con continuidad, con más fuerza y necesidad a medida que iba cumpliendo años, pero muy arraigado ya desde sus años jóvenes.

El propio poeta en su *Silva* segunda y todos sus biógrafos (Nicolás Antonio, Gallardo, Cayetano de la Barrera, Lope Toledo), afirman que, tras los estudios en Salamanca, se alistó en el ejército de su

[6] Silva a la ciudad de Logroño

Majestad, Felipe III, durante pocos años, suficientes sin embargo para tener la oportunidad de viajar por la península, Italia y buena parte de Europa⁸. También pudo adquirir así una experiencia directa de lo heroico, sentimiento que le acompañaría durante los largos años de redacción de su poema épico *La invención de la cruz por el Emperador Constantino Magno*, y que se refleja asimismo en numerosos poemas de sus obras líricas. (Ver tomos IX, X, XI y XII de mi *Edición crítica de las poesías completas de Francisco López de Zárate con un estudio de su lengua poética*, Universidad de Zaragoza, 1988).

Por los años 1608-1610, retirado del servicio militar, Zárate se instaló en Madrid al amparo del grupo político en el poder, cuya cabeza visible era entonces el Duque de Lerma, asistido por su fiel secretario Don Rodrigo Calderón, Marqués de Siete Iglesias. Admitido en casa de éste, y por su mediación, obtuvo una plaza en la Secretaría del despacho de Estado, pasando a formar parte de la falange de escritores que, para sobrevivir en la corte, oficiaban de burócratas y criados al servicio de la nobleza⁹. Zárate fue siempre fiel al partido político del Duque de Lerma. En 1617, con motivo de las fastuosas Fiestas celebradas en Lerma en la inauguración de su Colegiata, actuó como poeta oficial, escribiendo uno de sus poemas más famosos y brillantes, 233 octavas reales, una extensa, minuciosa y culta relación de los acontecimientos vividos entre el 6 y el 20 de octubre. Al parecer, el partido de Lerma estaba ya en entredicho (recuérdese que la caída política del Duque ocurrió en septiembre de 1618), y las fiestas trataban de conseguir un acercamiento menos tenso a la familia real, invitados de honor y destinatarios directos del gran despliegue de espectáculos¹⁰. Además de los Reyes y buena parte de la nobleza, se dieron cita en Lerma aquellos días numerosos escritores, entre los cuales se encuentra Góngora¹¹. Durante este periodo de su vida, Zárate, todavía joven, parece brillar con fuerza en el firmamento literario y social de la corte, aunque pronto vería llegar los signos de una

época que le iría sumiendo, como a tantos de sus contemporáneos, en el más hondo escepticismo y desengaño¹². La ejecución pública de D. Rodrigo Calderón en el cadalso, muerto ya Felipe III, en cuyo reinado tuvo tantísima influencia y proscrito el Duque de Lerma, llevada a cabo el 21 de octubre de 1621, debió ser sentida por nuestro poeta como un signo inequívoco de la inestabilidad de la fortuna respecto al poder y a la fama, dando paso a una de las obsesiones temáticas centrales que estructuran numerosos poemas de sus obras morales¹³. Sin la ayuda del puesto oficial, Zárate recurriría a las fuentes de financiación familiares, aunque como ya hemos visto, por estas fechas no debían ser ya muy abundantes, mermadas por el despilfarro de su hermano Diego. Pero existían otros mecenas, como el Duque de Medina-Sidonia, al que dedica su edición de 1619, obteniendo como respuesta una no despreciable suma de reales de vellón, el Conde de Molina, D. Pedro Mesías de Tovar (también amigo y protector de Quevedo), el cardenal D. Bernardo de Sandoval, el Marqués de Velada, etc¹⁴.

Sin grandes lujos, aunque también sin excesivas angustias económicas, Zárate residió en Madrid cerca de 60 años, y a pesar de las tormentas políticas y sociales que ensombrecieron su destino, no renunció jamás a su identidad de escritor, siendo su vida literaria muy activa hasta que sus enfermedades le aislasen en una soledad contemplativa¹⁵.

Finalmente, en pleno proceso de decadencia, como se refleja poderosamente en sus versos (soledad, abandono, ruina económica, moral y física, disolución del «yo», sentimientos de culpa y arrepentimiento, vuelta a la religión como último consuelo: temas básicos y obsesivos de sus poemas más tardíos, los *sonetos morales* y las *rimas fúnebres* editadas en 1651), no mucho después de 1648 fue atacado de un amago apoplético que le dejó imposibilitado de su lado derecho¹⁶. Como secuela de esta enfermedad, Zárate debió quedarse

[8] Silva a la ciudad de Logroño

sordo, o al menos con un fuerte zumbido de oídos que le impedía la normal facultad auditiva. Atormentado por estas molestias, les dedicó unos originales e insólitos sonetos, que muestran a un hombre que todavía lucha consigo mismo, en un intento desesperado por alcanzar la paz y la verdad. Los poemas de esta última etapa pueden distinguirse con cierta claridad, debido a las abundantes referencias autobiográficas que contienen, y a un tono dolorido, obsesionado y amargo, que discurre por dos vertientes: las quejas por el olvido del hombre y de su obra (la fama ya está diluyéndose en los estertores de la larga agonía del poeta), y las referencias a sus dolencias físicas, donde se patentiza la angustia del ser humano que no puede hacer uso de las facultades corporales y que siente a un paso de su corazón el latido de la muerte. Tal vez ningún otro poeta de la época haya llegado más lejos y más hondo en la expresión obsesiva del sentimiento de impotencia física. La poesía, la creación literaria, acompañaron a Zárate también en sus últimos años, y, probablemente, junto al consuelo religioso, le hicieron más soportable la angustia de la cercana muerte, acaecida el 5 de marzo de 1658¹⁷. Zárate vivió en un siglo de contradicciones y conflictos, vio dar a la fortuna demasiadas vueltas y, con una lente teñida ya por el escepticismo, derrumbarse el imperio y la monarquía española, mientras en soledad él seguía levantando el edificio de sus poemas. Ellos son lo único que con certeza custodian lo que todavía permanece de él.

VARIAS POESIAS
DE FRANCISCO
LOPEZ DE ZARATE
natural de la ciudad de
Logroño.

A DON MANVEL AIONSO
Perez de Guzman el Bueno, Duque de Medina-
Sidonia, Conde de Niebla, Marqués de Casage de
las Indias, Comandante del Tujin, Capitan General
del mar Océano, y Obispo del Aná-
lizis de la Camera de su
Majestad.



CON PRIVILEGIO.

Por la viuda de Alonso Martin de Balboa,
Año de 1619.

2.

LÓPEZ DE ZÁRATE Y SU SILVA A LOGROÑO

A Francisco López de Zárate le dedicó la ciudad de Logroño, suponemos que gracias a los desvelos de D. José María Lope Toledo, un busto en el centro de la plaza de Amós Salvador (más conocida por plaza de San Bartolomé, frontera que separa tierras de regadío y de secano)¹⁸. Hace más de sesenta años de aquel gesto.

El busto lleva el nombre con el que se apodaba y conocía a nuestro escritor: Caballero de la Rosa. Las causas del sobrenombre parecen algo confusas. Unos dicen que porque su aspecto externo era siempre impecablemente correcto y elegante, otros que porque el poeta tenía la costumbre de adornar a diario su solapa con una rosa. La hipótesis más sobria es la que ofrece Juan Pérez de Guzmán en su *Cancionero de la Rosa, manojo de la poesía castellana formado con las mejores producciones líricas consagradas a la reina de las flores durante los siglos XVI, XVII, XVIII y XIX* (dos volúmenes publicados en Madrid en 1892 por la imprenta M. Tello). Aunque ya Lope de Vega, amigo del autor, había escrito en 1622:

«Caballero de la Rosa
le llaman por excelencia.
pero tales silvas hace
que tales rosas engendra¹⁹».

Pérez de Guzmán recoge en su antología 4 sonetos de Zárate, los titulados *Rosa triunfante*, *Deleznable condición de la hermosura*, *A una que traía una rosa en la cabeza*, *A una dama muy hermosa que lo mereció por virtudes o Beldad pasada, viva en la virtud* y el *Romance a la muerte de Adonis*.

Guzmán ofrece una pequeña biografía del autor, además de enjuiciar brevemente los poemas citados. Afirma en este apunte: «El celebrado ingenio de Francisco López de Zárate, por cuyo venturoso acierto en describir la preciada hija de flora, púrpura de los prados, fénix de las flo-

[10] Silva a la ciudad de Logroño

res, aurora de los jardines y sol del campo, recibió como sobrenombre laudatorio el dictado de Caballero de la Rosa, con el que era conocido entre la numerosa falange poética del tiempo de Quevedo y de Jáuregui, de Francisco de Rioja y Pedro Calderón de la Barca...» (vol. I, pp. 12 y 13).

El más famoso y editado de estos sonetos es el de *Rosa triunfante*, que ha sido grabado en piedra en el pedestal que sostenía el busto de Zárate en la plaza antes mencionada, y que recibió al 2º premio en la Justa poética (certamen público) que hizo la ciudad de Madrid en las fiestas de la beatificación de su patrono, San Isidro.

ROSA TRIUNFANTE

Ésta, a quien ya se le atrevió el arado,
con púrpura fragante adornó el viento
y negando en la pompa su elemento
bien que caduca luz, fue sol del prado.

Tuviéronla los ojos por cuidado
siendo su triunfo breve pensamiento.
¡Quién sino el hierro fuera tan violento
de la ignorancia rústica guiado!

Aun no gozó de vida aquel instante
que se permite a las plebeyas flores
porque llegó al Ocaso en el Oriente.

¡Oh tú!, cuanto más rosa y más triunfante.
Teme, que las bellezas son colores
y fácil de morir todo accidente.

Volviendo al busto, podríamos suponer que la *Silva a Logroño* fue escrita en agradecimiento a este honor, quizá inmerecido, ya que Zárate se fue de la ciudad hacia los 16 años y vivió siempre en Madrid. O también es posible que fuera escrita previendo la futura y verdadera crónica de Ur-Logroño (ver nota de Félix de Azúa a la edición de la *Silva* en *Calle Mayor*, n.º3, Logroño, 1986, pp. 65 a 67). Lo cierto es que

Zárate ha sido, que sepamos, el único escritor que ha dedicado un poema de 800 versos a Logroño-ciudad, en una época en que lo habitual era dedicar los poemas cultos a los nobles, para iniciarse o mantenerse en esa inestable institución social llamada «mecenazgo privado».

Probablemente, debido a la extensión de la *Silva* Zárate creyó conveniente redactar un pequeño resumen argumental e introductorio en el que presentar a los personajes y definir la situación tempo-espacial y el motivo por el que se reúnen los dos interlocutores (cortesano retirado «versus» cortesano activo e inexperto)²⁰, completándolo con la explicación ofrecida al final de la *Silva* sobre las características geográficas e históricas de Logroño, ciudad a la que erige en paradigma perfecto de la añorada Arcadia.

En la *Silva* conviven elementos autobiográficos, de difícil determinación, con otros de larga tradición literaria: motivos bucólicos procedentes de la tradición pastoral antigua y renacentista, reflexiones morales con connotaciones religiosas de signo contrarreformista en torno a uno de los bloques temáticos más transitados en los Siglos de Oro, el menosprecio de corte y alabanza de aldea, relacionado directamente con el «beatus ille» horaciano y con matices didácticos de tono senequista y cristiano, alabanzas políticas al Emperador Carlos V y a la monarquía basadas en la retórica de la épica culta, descripción de la ciudad, etc. Lo más destacable y característico de la *Silva* es la mezcla de descripciones idílicas tópicas y literaturizadas con segmentos político-morales en la órbita de los avisos al cortesano.

Las silvas constituyen un género o subgénero lírico con características métricas específicas. Podría definirse como una forma métrica que combina endecasílabos y heptasílabos sin otras restricciones. Sobre la proporción y orden de cada uno de ellos, así como sobre las consonancias de la rima, decide con plena libertad cada escritor. Eugenio Asensio repasa en su magnífico artículo *Un Quevedo incógnito: Las Silvas*, los precedentes latinos, humanísticos e italianos de la estrofa²¹, la

[12] Silva a la ciudad de Logroño

noción clásica e italiana de silva²², el nacimiento y triunfo de la silva métrica española y la teoría y sentido de la silva. También señala cómo Karl Vossler había percibido los vínculos que la silva española mantenía con la poesía italiana: «las conexiones formales y temáticas de ciertas silvas tempranas españolas con la pastoral y el idilio le empujaron a considerar la morfología de nuestros poemas como trasplantada de la *Aminta* de Torcuato Tasso, por obra y gracia de la alabada versión de Juan de Jáuregui, el poeta pintor, que la imprimió en Roma precedida de una agresiva dedicatoria en 1607. Dedicatoria en que se muestra rabioso enemigo de la rima y partidario del verso suelto muy en boga en la poesía italiana del siglo XVI, que aspiraba a imitar en lo posible la versificación clásica»²³.

Pero en España la silva métrica no nace y se afianza hasta 1604 aproximadamente, pasando por una primera etapa de 10 años, de 1604 a 1614, en que se consideraba como un género menor, de una extensión que no sobrepasa los 100 versos y en cuyos temas, a menudo circunstanciales, predomina el lirismo sobre la descripción. Retrocediendo más en el tiempo, con palabras de Mauricio Molho: «Antes de ser el nombre de un poema, la silva designa, en español, una miscelánea: verso o prosa compilados al azar y entregados al lector sin que ningún orden aparente confiera a la obra su estructura. Se edita en Zaragoza en 1550 una *Silva de varios romances*; Pedro Mexía publica, el mismo año, una colección de anécdotas y de reflexiones diversas bajo al título de *Silva de varia lección*; treinta años después, en 1580, Julián de Medrano da a la imprenta su *Silva curiosa*. Un rasgo común de esas obras es que se publican, modestamente, como colecciones de materiales sin desbrozar cuyo desorden presenta la caprichosa vegetación de los bosques: «Y por eso le puse por nombre Silva –escribe Pedro Mexía en el prólogo de su libro– porque en las selvas están las plantas y árboles sin orden ni regla». Por esta misma razón la forma a-estrófica imitada de los italianos –alternancia incoherente de metros y de rimas– recibió en España el nombre,

significativo, de silva (...). La relación en cuestión, fundada sobre el exacto sentimiento de la etimología, opone y, en último término, compone:

- por un lado, la selva, paisaje natural, indómito, en el que la vegetación crece libre en un desorden abigarrado de árboles, plantas, fuentes y flores.
- por otro lado, la silva, forma a-estrófica, dédalo de versos desiguales y de rimas encabalgadas, selva métrica, exuberante e indisciplinada.

La silva y la selva son, una y otra, la negación de toda estructura»²⁴.

Molho, claro, está refiriendo su análisis al vasto poema de Luis de Góngora, *Las Soledades*, una silva de 1.091 versos, que dada a conocer en 1613 a través de copias manuscritas, consagró definitivamente la nueva forma métrica, dando paso a una segunda etapa «de inaudita fecundidad y expansión para la humilde modalidad métrica que, rebasando la frontera de los cien versos aspiró a conquistar vastos espacios temáticos, convirtiéndose en un género mayor»²⁵.

Zárate escribió la suya entre 1616 y 1619 aproximadamente. Conocía, con toda seguridad, las *Soledades* de Góngora, y probablemente trató de imitar el estilo artificioso y la extremada extensión del poema gongorino, aunque se distancia de éste en la concepción básica del poema. Mientras en las *Soledades* el protagonista es un peregrino errante, perdido en lugares salvajes y deshabitados («silva/selva/soledad»), en la *Silva del logroñés*, los personajes son ricos aldeanos, pastores pero también agricultores, y el paisaje no es selvático, sino que está ordenado en torno a la ciudad, perfectamente dominado por sus habitantes. Ello sin analizar el lenguaje poético, en el que el riojano no puede competir ni en profundidad ni en superficie con Góngora, al que tanto admiraba.

De López de Zárate la imprenta ha conservado 13 silvas, aunque es posible que escribiera alguna más. Casi todas están escritas con motivo

[14] Silva a la ciudad de Logroño

de algún acontecimiento concreto y se inscriben dentro del modelo de silva estaciana, de corta extensión y temática circunstancial. Únicamente tres silvas (entre ellas la que nos ocupa) siguen el modelo de la silva métrica, siendo, sin duda, las que mejor representan la voluntad estilística del autor, que introduce en ellas gran variedad de temas, manteniéndose fiel a las enseñanzas de Góngora en lo que respecta a ciertos rasgos de su lenguaje poético (bimembraciones, fórmulas sintácticas, metáforas y léxico suntuario, transposiciones...) y a su considerable extensión. La segunda consta de 780 versos y las tres están, además, relacionadas argumentalmente.

La 2.^a es una prolongación temática de la *Silva a Logroño*. Editada 32 años más tarde que ésta (y escrita probablemente cuando ya habían transcurrido 20 años de la publicación de la 1.^a), mantiene con ella una continuidad cronológica interna: el padre de Frondoso, Mirtilo, y su amigo inseparable, Sireno, padre a su vez de Filis, ya han muerto. Filis y Frondoso han contraído matrimonio y viven en un paraíso terrenal en las posesiones de Logroño que pertenecieron a Sireno. Esta 2.^a Silva presenta la novedad de estar narrada por el personaje femenino, Filis, que, en un tono muy emotivo, confidencial y curiosamente hiperbólico, va a contar a su amiga Clori las excelencias de su vida en el campo. Y las de su esposo. Este motivo sirve a Zárate de pretexto para crear una larga etopeya del perfecto caballero y cortesano, según el modelo ideal que había diseñado Castiglione. Cortesano, pero también noble rústico, experto en el arte de la caza y los cultivos agrícolas, interesado en temas científicos y perfecto modelo de cristiano. Frondoso se presenta aquí como sobrino del autor, mezclando ficción y realidad, para poder hacer así un elogioso recuento de sus escritos.

La 3.^a Silva está incompleta y refiere la muerte de Frondoso en la espesura, cuando intentaba cazar un jabalí. Sin duda, es la menos lograda de las tres, aun cuando ninguna de ellas ha superado con soltura el paso del tiempo.

Su retórica es enfática, tiende a la hipérbole con excesiva frecuencia y hace un uso incontrolado de la *amplificatio verborum*. Justamente, la silva era la forma métrica más flexible y discursiva y que mejor permitía esta clase de excesos. Pero Zárate no puede mantener la tensión poética del lenguaje durante tantos versos y cae repetidas veces en un prosaísmo moralizante poco atractivo. Frutos más maduros cosechó en la creación de estrofas breves, talladas y edificadas sobre redes bien anudadas de simetrías y correlaciones, como el soneto y la octava real. Zárate controla y afina mucho mejor su lenguaje en las estrofas breves que en las extensas. No me atrevo a afirmar que fuese consciente de ello, pero lo cierto es que frente a 3 silvas métricas, escribió la no despreciable suma de 250 sonetos y más de 2.200 octavas reales, elegidas para la realización de sus dos poemas más ambiciosos y cultos: *Las fiestas de Lerma* –poema descriptivo de 233 octavas– y *La Invención de la Cruz por Constantino Magno*, poema épico de 1.930 octavas.

A pesar de lo largo de la cita, no me resisto a la tentación de transcribir la valoración general que de la función que la nueva forma métrica –la silva– cumple dentro del sistema poético del siglo XVII, hace Eugenio Asensio en el artículo citado más arriba. Asensio afirma como teoría provisional, lo siguiente:

«La silva en su aspecto dialéctico es una alternativa, u oposición, al petrarquismo, a sus estrofas cinceladas que aprisionaban con su geometría y su retórica; una alternativa igualmente a la octava real «unidad rítmica férreamente cerrada, y paradójicamente vinculada a una materia narrativa que exige un fluir largo y continuo» (Giovanni Pozzi, *La rosa in mano al profesor*, Friburgo, Svizzera, 1974, p. 122). El petrarquismo y sus formas predilectas, el soneto y la canzone, han engendrado una tópica que repite incansablemente las experiencias del modelo (...). La única renovación u originalidad residía en la elocutio, en el

[16] Silva a la ciudad de Logroño

terreno de la locución artificiosa. Frente a este arte que había roto la natural correspondencia entre res y verba, entre palabras y cosas, la silva era una forma prosódica diferente, sin trabas ni tradiciones, cauce posible para toda experiencia, reflexión y sentimiento. La silva ocupa un vasto espacio temático vacío, que las formas y fórmulas petrarquistas eran incapaces de llenar. Al soneto petrarquista que, enredado en una red de simetrías, correlaciones y anáforas, avanza penosamente, opone la silva un esquema versificatorio abierto, un discurso lírico-descriptivo que va abriendo caminos... La penetración de la silva ha provocado una modesta revolución en el sistema de la poesía española... Góngora escogió para las *Soledades*, el poema más ambicioso y proyectado hacia el futuro de todos los suyos, no la octava real, que Francesco de Sanctis comparaba con una rosa, sino la estructura libre de la silva, sin historia o modelos venerados. Mostró las inmensas posibilidades escondidas en aquel hasta entonces tenue instrumento lírico, que se agotaba en encomios y reflexiones sobre objetos circunscritos, haciéndolo capaz de pintar la variedad del mundo, o los trabajos y los días de los hombres. Liberado de la traba de la estrofa, inventó, mediante la silva, un tipo de discurso continuo apto para reflejar una sucesión de movimientos o el paseo del ojo por los más variados pormenores circunstanciales. El esquema métrico más sencillo desplegaba la retórica más refinada (...) La poesía descriptiva, además de reflejar la nueva objetividad, era privilegiada por los manuales y escuelas de retórica (...) Fuera de los vastos poemas inspirados en las *Soledades*, la silva métrica practicó subgéneros menos ambiciosos: elogio y descripción de ciudades vivas o en ruinas, pintura de quintas señoriales y conventos paisajísticos, el encomio de cuadros, estatuas, pintores y la alabanza de las artes, la exposición de doctrinas filosóficas

y programas éticos, que inauguró Quevedo con su *Sermón estoico en Silva*.» (pp. 29-33).

En este contexto las silvas de Zárate podrían considerarse como una mezcla de poesía descriptiva de altas pretensiones y programas éticos entreverados de reflexiones filosóficas. Conviene repetir (por si no ha quedado suficientemente claro) que desde nuestra visión de lectores del siglo XX, las silvas, y específicamente la dedicada a Logroño, resultan poemas excesivamente largos, farragosos y poco coherentes. Pero de esta apreciación tampoco se sustraen muchas de las silvas de Lope de Vega, Francisco de Rioja, Bocángel, Soto, Carrillo y aun de Quevedo. Hay que leerlas con curiosidad histórica para que logren interesar nuestra atención y conseguir nuestra benevolencia crítica.

Probablemente esta curiosidad histórica (sin olvidar la literaria), unida a un deseo algo morboso de dar a conocer directamente el texto de una de las piezas más alabadas y nombradas del único poeta barroco nacido en Logroño, indujo a los inventores de *Calle Mayor*²⁶ a editar la silva. Sabiendo que son los sonetos, al menos medio centenar, los que aún pueden emocionarnos o asombrarnos, conectando directamente con nuestras inquietudes y perplejidades. Que la silva a Logroño sirva para excitar el deseo de leer otros textos del siglo XVII, sean de Zárate o de Quevedo, recompensaría la audacia y los desvelos²⁷.

Y para terminar esta introducción, que ya comienza a alargarse en exceso, vamos a darle a Zárate la satisfacción que no tuvo durante más de 200 años, en los que los estudiosos y conocedores de la literatura barroca atribuyeron reiteradamente la paternidad de la silva a Logroño al fénix de los ingenios, Lope de Vega. Casi todos los poemas del libro titulado *Varias Poesías*, editado por Zárate en 1619, han sido atribuidos a Lope de Vega. Fueron publicados en 1856 por Cayetano Rosell en su *Colección escogida de obras no dramáticas* de Lope de Vega en el tomo XXXVIII de la Biblioteca de Autores Españoles. A pesar de que parte del problema había sido iluminado y solucionado por Juan Millé y

Giménez en un artículo publicado en la *Revue Hispanique*, (n. CXLVII, París, 1925, pp. 145-49) y titulado *Miscelánea erudita IV- Poesías de López de Zárate atribuidas a Lope de Vega*, y definitivamente resuelto (excepto en dos pequeñas composiciones: dos décimas) por José María Lope Toledo en su libro *El poeta Francisco López de Zárate* (Instituto de Estudios Riojanos, Logroño, 1954, pp. 285 a 301), todavía aparecen los poemas citados como de Lope de Vega en las reimpresiones de la Biblioteca de Autores Españoles. No es asombroso, entonces, encontrarse con despistes como el de Gustavo Agrait en su estudio editado en 1971 en Puerto Rico, *El «Beatus ille» en la poesía lírica del siglo de oro*, en el que concluye, tras un breve análisis de la *Silva* a Logroño: «El beatus ille conserva en Lope de Vega su carácter ortodoxo y tradicional, pero además entraña el ansia sincera y sentida del poeta por libertarse a sí mismo, purificar su espíritu y acercarse a Dios» (p. 130).

La errónea atribución y su esclarecimiento llenó de gozo y satisfacción a la primera persona que se ocupó seriamente de López de Zárate, José María Lope Toledo.

También dialogaron algunos de los contemporáneos de López de Zárate, no sabemos con cuánta sinceridad, sin escatimar palabras de elogio para la *Silva a Logroño* y para su autor. Fernando Albia de Castro, con cuyo hermano se carteaba Zárate, dedica a la *Silva* numerosas menciones en su *Memorial histórico por la ciudad de Logroño* (editado en Lisboa en 1633 por Lorenzo Craesbecck, y reeditado por Simón Díaz en Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, en 1953)²⁸.

Albia de Castro fue bautizado en Logroño el año 1572. Desempeña, al menos desde 1616, en Lisboa, los cargos de Veedor General de la Real armada y ejército del mar océano y de la gente de guerra y galeras del Reino de Portugal. Falleció en Lisboa en 1653 y pasó sus últimos años en concepto de prisionero de los portugueses rebelados contra el Rey de España, Felipe IV. Es autor, además del *Memorial*, de varios tratados políticos. (Para más detalles, puede consultarse el artículo de José

Simón Díaz, *El problema de la razón de Estado en Albia de Castro, Berceo*, III, 1948, Logroño, pp. 483-88, y Fray Juan de Salazar, *Política española*, ed., intro. y notas de Miguel Herrero García, en Madrid, Instituto de estudios políticos, 1945, pp. XVIII y XIX). El mismo Zárate dedica a Albia de Castro un poema en estancias petrarquistas, publicado en los preliminares del *Memorial*, donde expone y compendia en verso todos los fabulosos errores admitidos y desarrollados por Albia de Castro, errores que también aparecen en la *Silva*.

Indicando la existencia de una edición logroñesa de la *Silva*, desconocida hasta hoy y jamás citada por los bibliógrafos, dice Albia de Castro:

Uno sólo entre muchos, pero tal que vale por muchos, Francisco López de Zárate, con ánimo generoso y obligación de noble hijo de Logroño, debida a tal madre pagó las primicias de los tratos excelentes y copiosos de su felicísimo ingenio, estampando dentro de sus murallas la *Silva*, en que pintó y figuró la Ciudad tan al vivo, que casi pone en duda cuál es más perfecto, el natural o el retrato, recibida generalmente con tal aplauso y estima, que sólo para no admirar de todo punto a los de mayor caudal o inteligencia en la poesía y otras ciencias, le detiene ser aquello lo primero que sacó a la luz, infiriendo dello, como del racimo de la tierra de promisión, qué será después la fertilidad que dará de felices, dulces y abundantes cosechas, fue la *Silva* dedo aunque pequeño, de do se saca la proporción del gran gigante de su dueño, tan grande en excelentes letras, aventajadas y superiores partes, que le aplicó alguno por tal hijo, los versos de Marcial, *Tantum magna sua debet Verona Catulo / Quantum parva suo Mantua Virgilio*.

Y otro riojano, Ximénez de Enciso Porras, en el *Certamen Poético celebrado a la muerte de Isabel de Borbón* en Logroño, el año 1644, le dedicó estas palabras:

[æo] Silva a la ciudad de Logroño

La mayor gala de los Sonetos es cerrar con llave de oro, y aunque sé que se dice de lo individual de cada uno cuando el pensamiento ciñe con elegancia en el último verso la grandeza de su concepto, séame hoy lícito, a mi propósito, entender por gloria de los sonetos precedentes que cierra su escuadrón, este de Francisco López de Zárate, de cuya pluma no está menos ufano nuestro cántabro Logroño, que puede estarlo de su Lucano la bética Córdoba: y porque en mí, por su paisano y deudo, perdiera su alabanza, le remito a la que le han merecido en España, Lerma y Julióbriga; en sus fiestas aquella y ésta en su Silva: y a la que le dará el mundo y su cabeza Roma por el *Triunfo de la Cruz*, que en ella está estampado... (pág. 144. ed. cit.)

Que el paciente lector juzgue por sí mismo.

MAITE GÓNZÁLEZ DE GARAY



Francisco López de Zárate [21]

SILVA A LA CIUDAD DE LOGROÑO

CRITERIOS DE LA EDICIÓN

1. El texto de la *Silva a Logroño* se basa en el de la edición de *Varias Poesías*, publicadas por primera vez en Madrid en 1619. La edición estuvo al cuidado del propio autor según se indica en los preliminares. El texto de la segunda edición de la *Silva* en *Obras varias*, publicado en Madrid en 1851, presenta variantes de poca importancia. El autor no estuvo presente en el proceso de impresión por encontrarse gravemente enfermo. El editor, Tomás Alfay, informa de este hecho a los lectores redactando un pequeño prólogo que incluye en los preliminares de la edición.
2. Modernizo la ortografía, acentúo y puntúo según la normativa académica actual. Mantengo las grafías que tienen valor fonológico y palabras como «invidia», «preceto», «mármor», «ivierno», «recebir», «mesmas», etc. O contracciones morfológicas: «dello, destos».

M. G. de G.

M. P. S.

5 **P**OR Mandado de V. Alteza he visto
 vn libro intitulado *Varias poesias*,
 Autor Francisco Lopez de Zarate, y des-
 pues de no hallar en el cosa que contradiga
 a nuestra Fé y buenas costumbres, me pa-
 rece que es vn exemplo del lugar a que ha
 llegado este genero de Estudios en Espa-
 10 ña, que de pocos años a esta parte florece
 con hermosura de su lengua, y honra de
 nuestra nacion. Está rigurosamente mirado
 el arte, y la imitacion Latina de quien pro-
 cede, por cuyo cuydado merece alabança, y
 que V. Alteza le de la licencia que pide,
 15 porque impresso le gozen todos, y el se ani-
 me a dar a luz mayores obras. En Madrid a
 29. de Nouiembre de 1618.

Lope de Vega Carpio.

Aprovacion

POR Comission del señor Doctor Gu-
 tierra de Cetina, Vicario general desta
 villa de Madrid, y su partido, he visto y
 examinado vn libro intitulado, *Varias poesias* de Francisco Lopez de Zarate, y no
 hallo en el cosa que co[n]tradiga a nuestra
 fé Catolica, y buenas costumbres, y que se
 puede imprimir. En Madrid a 22. de
 Nouiembre, de 1618. 5
 10

*El Doctor don Pedro
 Diaz Noguero.*

Suma del priuilegio

ESte libro intitulado, *Varias poesias*,
 de Francisco Lopez de Zarate, tiene
 priuilegio del Rey nuestro señor para po-
 derle imprimir, y vender por tiempo de diez
 años, y no otra persona sin su licencia, so-
 las penas en el dicho priuilegio contenidas.
 Su data en Madrid a veinte dias del mes
 de Diziembre, de 1618. años. 15
 20

Al Lector

Ninguno como yo quisiera (o Lec-
tor) darte grandes cosas: y ya que
esto no puedo, he procurado agradarte, con
5 que sean breues, diuidiendo en dos tomos,
lo que pensaua sacar en vno. Ruegote me
lo agradezcas, en leerlas cuydadoso: que
solo quiero por premio, ser entendido del
docto ingenioso sin trabajo, y con gusto:
0 del que no lo fuere con gusto, y no sin
trabajo. Vale.

AL DVQUE DE ME- dinasidonia

QVando deuo a V. Excele[n]cia
reconocimiento de grandes obli- 5
gaciones, las hago mayores, sien-
do esta obra tan limitada que necessita por
esto, y sus imperfecciones de nueua mer-
ced. En ella prometo a V. Excelencia las
demas, que ha de sacar a luz: y las dedico, 10
y me dedico todo a servirle. Pequeña victi-
ma haze sacrificio: Suplico a V. Excelencia
la mejore con admitirla, y ampararla, que
yo ofrezco que las demas lo han de mere-
cer, acompañandose de la grandeza de su
casa, y virtudes de su persona, que guarde 15
nuestro señor como desseo.

Francisco Lopez
de Zarate.

ARGUMENTO DE LA SILVA

Sireno, después de muchos años que sirvió a sus Reyes, se retiró a Logroño, su patria; reedificó los solares de sus pasados, que habían sido arruinados con guerras. Acompañóle Mirtilo, fiel compañero de sus fortunas; el cual, en el fin de sus días, le encargó que sacase del peligro de la Corte al reposo de aquella soledad a Frondoso, su hijo; a quien (habiendo venido a las exequias de su padre) exhorta una mañana Sireno, que salga con él a la ribera por aficionarle a su amenidad. Y discurriendo en la amistad que tuvo con el difunto, y jornadas en que los dos se hallaron, habla en la de Argel y alaba el valor del Emperador Carlos V en aquella adversidad, y su retirada a Yuste, último trofeo de sus victorias, para con este ejemplo atraerle a su deseo. Entretiénele en loores y comodidades de aquellos campos, ciudad y río, representándole las ventajas que aquel sosiego hace al tráfigo cortesano. Y por moverle más a quedar en su compañía, ofrécele su hija por esposa.



SILVA

Frondoso, ya nos llaman los indicios
 del Sol a recibirle: las ovejas
 dilatan los balidos tembladores,
 recupérase el mundo en ejercicios
 oigo en lento susurro las abejas 5
 componer Escuadrón contra las flores:
 hablan en instrumento los pastores,
 diferencio en las voces los zagales
 y solo en ti la noche se detiene.
 Advértante inferiores animales 10
 a conocer el bien que en la luz viene,
 no el ciudadano, que en el cielo tiene
 parte menor que el labrador grosero,
 a quien se comunica el Sol primero.
 Despierta, sigue mis prudentes años, 15
 y no mis ignorancias juveniles.
 Nunca desengañado en desengaños
 di a cortes y ciudades treinta abriles,
 retiréme a vivir, en fin ya vivo,
 pues doy al cielo cuanto del recibo. 20

Señor desta alquería,
entre pastor y rústico suspendo
el alma en armonía,
que no la sé decir como la entiendo.
Cuando alientan el día 25
los caballos del Sol, me están diciendo
[a su modo] las aves:
Justo es Sireno, que su causa alabes.
Como en letras, en surcos del arado,
en la hierba sin número del prado, 30
mis esperanzas leo,
que jamás engañaron al deseo.
Esperé flores y vinieron flores,
esperé mieses y vinieron mieses;
de aquellas esperanzas las mejores 35
doy al cielo, y el cielo a mí intereses.
Cuando descifra el Sol más con sus rayos
las plantas, las riberas y los montes,
miro la tierra y no descubro tierra,
porque la visten, por Enero, Mayos. 40

En breve espacio, largos horizontes
 descubre la razón, que siempre yerra,
 por corta, en alabanza
 de aquel que aun no es el Sol su semejanza.
 ¡Qué de cosas patentes 45
 muestran sabiduría
 de Dios, que en ellas su alabanza cría!
 Verás bañarse el aire en varias fuentes
 cuyos resortes siempre diferentes,
 siempre parecen unos, 50
 que en lanzas de cristal hieren el cielo,
 en diluvios de aljófares el suelo,
 o en más lentos cristales
 discurrir crespos, suspenderse iguales.
 Y viéndolos dirás: el cielo quiso 55
 ser Acis desatado o ser Narciso.
 En el papel copioso de ese campo
 donde la planta indignamente estampo,
 alabanzas sin fin verás escritas
 en flores, como varias, infinitas. 60

Casi de blando líquido el acanto,
la murta que respira tarde y grave
beben con risa del aurora el llanto.
La hierba, antiguo bálsamo, a quien Ida
dio tan hermosas flores 65
que virtudes aprueba con olores,
es aquí, como en Creta, conocida.
El clavel, que no hay lengua que lo alabe
mejor que su fragancia,
pues vence de la vista la distancia. 70
Los purpúreos Jacintos
en la memoria de su nombre tintos.
Y cuanta sangre flores lisonjean,
cuantos en plantas su dolor escriben
y como en simulacro en ellas viven, 75
como se gozan, nunca se desean.
Las rosas, dignos ojos de las flores,
donde presume el Sol, donde amonesta
naturaleza, siempre fugitiva,
a no anhelar fantásticos honores; 80

[32] Silva a la ciudad de Logroño

las rosas, a quien hace el alba fiesta,
donde la brevedad está más viva,
donde aprendió la púrpura colores,
aquí a estrellas prefieren,
¿y qué no exhortan pues tan bellas mueren? 85
En breve instante, lánguida y funesta
su presunción altiva,
¿qué desengaño buscas que no escriba?
Y pues de lo que callo y lo que digo
ya por ti mismo puedes ser testigo, 90
ven, daremos las manos y las frentes
a vena viva de licor sincero,
y en el regazo fresco de la hierba
serán plato sabroso, si ligero,
de sabor grato frutas diferentes, 95
y alguna de las cosas que conserva
la sal, con néctar libre de malicia,
que el mismo que lo da, lo beneficia;
y en sutil oro o líquidos rubíes
apetito provoca 100

antes en el olfato que en la boca;
 y no consentirá que le desvíes
 sin alabanza, cuando no le bebas,
 y él mismo se hace sed por si le pruebas.
 No de otra suerte que esta fuente clara, 105
 sedienta por volverse en flores, nace
 del cristalino Oriente de esa peña, y
 con labios de vidrio olores pace
 y a poco espacio en Ebro se despeña;
 retórica se mueve 110
 y retórica para,
 varia en acciones, en discurso breve,
 persuadiendo las manos y la cara;
 ¿no parece que ha poco que fue nieve?,
 ¿has visto tal blandura 115
 ni en cosa sin color tanta hermosura?,
 ¿qué enfermo la ha bebido
 que no la coronase
 de rosas, como a causa de su vida?,
 ¿qué Ninfa a festejarla no ha venido?, 120

[34] Silva a la ciudad de Logroño

¿qué Sátiro que no la respetase
como licor a Júpiter debido?
Dejémonos vencer de su porfía,
y al son de ese instrumento
de tres cuerdas que suenan como siete, 125
donde las manos de Belardo sienta,
que en dulces contrapuntos nos promete
sin igual armonía,
dando gracias a aquel que nos lo envía,
hagamos mesa de la verde grama 130
que endosela y perfuma esa retama,
dando en sombra olorosa dulce hielo.
Mira en el pan la nieve,
a quien dio de Maná gran parte el cielo
y por causa mayor honor se debe: 135
pareceráte blando,
que como en mí son dientes las encías,
confórmome con ellas,
si bien algunos días
(tú lo verás) diferenciarle mando 140

y manos sin escrúpulo, aunque toscas,
 con ásperos relieves pintan roscas.
 Ahí tienes ofreciéndote el verano
 mil frutas diferentes,
 vírgenes de las ramas a la mano; 145
 las guindas son granates, transparentes
 y la manzana toda néctar y oro,
 que parentesco tiene con la rosa;
 que así como es decoro
 en la Virgen hermosa 150
 el rostro de carmín acompañado,
 con púrpura se muestra vergonzosa
 de haber sido instrumento del pecado,
 o ufana, de que esté tan bien lavado.
 La humedad acompaña de la fruta 155
 con cecina sabrosamente enjuta
 que previene lugar a la bebida
 en cándido, si bien terrestre baño,
 donde fuera de estar asegurada
 como en más propio centro más agrada, 160

¿no vence a la materia pretendida,
 idolatrada del común engaño?
 El ídolo del vicio,
 la plata, dignidad de los mortales,
 ¿puede, ni debe ser de más servicio?, 165
 ¿o el oro causa de mayores males?
 Póngase estimación a la comida,
 a la Gula esta parte se concede,
 sean paladares todos los sentidos,
 superfluidades pródigas herede 170
 de Césares a polvo reducidos
 nuestra edad corrompida;
 en su daño los ricos ingeniosos
 con artificios nueva sed inventen,
 con venenos hermosos 175
 y con enfermedades se sustenten;
 lisonjas de la vista y del olfato
 hagan de perlas por manjares plato,
 mas no segunda gula, reduciendo
 tesoros a servicio de la gula. 180

¡Qué bien Belardo nos lo está diciendo
en aquella canción, en que vincula
su memoria tu padre!, que suspende
con dulce alteración de los sentidos
lo que della se escucha y no se entiende; 185
¡Cuánto fueras deudor a tus oídos!,
¡cuánto, si en boca de su autor la oyeras!,
del amor de las Musas y de Apolo
a las Musas y Apolo cantar vieras,
y en un sujeto solo 190
cuanto de grande y digno de alabanza
en los pasados siglos consideras
y cuanto nos promete la esperanza.
Entre los accidentes personales,
en juventud ardiente 195
refrenaba las iras naturales:
su liberalidad, como de fuente,
su condición, agena y ajustada
a la razón y gusto del amigo.
Primero que la lengua fue la espada 200

de su valor testigo.
Si contra el enemigo
tal vez en los asaltos y batallas
despertó parche indignación honrosa,
vieras flacos reparos en murallas, 205
vieras a España en ellas victoriosa,
relámpagos vibrar, herir con rayo,
que a tanta fortaleza
se allanaran soberbias de Moncayo.
La senectud enjuta con belleza 210
en que, como en valor, aventajaba
en más sólida edad a los nacidos,
en lo alegre y robusto se ocultaba,
entero en el vigor de los sentidos;
en sus labios hablaba la elocuencia, 215
de viejo sólo tuvo la prudencia.
Nuestra amistad fue tanta, que la herida
de un pecho derramaba agena vida
y en alguna borrasca, de dos bocas
una voz resonó que dijo: ¡cielo, 220

si han de ser nuestras aras esas rocas,
 un pez, un vientre solo nos sepulte,
 con que será la muerte de consuelo,
 si desta unión hay muerte que resulte!
 Tu padre, en fin, Frondoso, fue Mirtilo, 225
 cuyo valor excede a su alabanza,
 porque mi corto estilo
 bien que la reconoce, no la alcanza.
 Vieras a Marte airado
 si igualara mi pluma con su lanza, 230
 mas ya es al orbe general cuidado.
 Conocíle soldado
 de los Reyes de España, cuyos nombres
 vivirán en las lenguas de los hombres,
 vivirán inmortales las colunas 235
 de templos, que apoyaron sus fortunas.
 Fueron Felipe y Carlos,
 porque los alabemos con nombrarlos.
 Antes que los estados el primero
 del segundo heredase, 240

de valor y fortuna fue heredero,
porque el padre en el hijo se gozase,
viéndose en él como en luciente acero
o porque en el partir se consolase,
pues a mayor imperio renacía 245
y quedando en Felipe no moría.
Por este penetramos mar y tierra,
hasta que tuvo el cetro y el tridente
en pacífica mano,
y señor de la paz y de la guerra 250
dió ley al Orbe, peso al Oceano
y triunfos a su gente, de la gente
que dividieron piélagos en vano.
Años antes, siguiendo las banderas
del César, que dio a España Monarquía, 255
a cuyos claros hechos
túmulos de coronas son estrechos:
ocupamos las Líbicas riberas
en aquel triste día,
(experiencia del ánimo de Augusto) 260

cuando todos los vientos,
 en escuadrón robusto
 sus fuerzas ostentaron,
 pues sierras como ramas arrancaron.

Los cielos desatados en diluvios 265
 sobre montañas rápidos bajaron
 y las montañas en arroyos rubios.
 Y lo que nubes negras aprestaban,
 las ondas por sí mismas alcanzaban.

Con relámpagos húmedos vi en ellas 270
 apagarse la luz de las estrellas,
 faltó límite al mar, no a la esperanza
 del gran César, autor de la bonanza;
 que como ponen calma en populares

ondas de sedición, canas razones, 275
 ímpetus sosegando en corazones,
 a la tierra las tierras, y los mares
 al mar restituyó con oraciones.
 Confederóse el viento con las olas

y con alas por velas 280

[42] Silva a la ciudad de Logroño

las cumbres descubrimos españolas.
El piélago en sus márgenes baldío
imitando a Peneo,
que ni bien es estanque, ni bien río;
si no el primer deseo, 285
cumpliéndonos el segundo
que fue volver desde la muerte al mundo.
No es justo hacer agravio
al ánimo de aquel cristiano Marte
y a mi vista feliz con mudo labio, 290
dejando de contarte
la igualdad que a su rostro acompañaba
cuando de varias, todas fieras suertes,
el temor le mostraba
en los demás semblantes tantas muertes. 295
Si la tierra temblaba,
como a lo más ligero lo más grave,
con majestuoso pie la aseguraba.
Y a peso de honor tanto
dio entrada a mucho mar, gimió la nave, 300

y fija, como escollo, en la tormenta
 gloria de César fue, del mar afrenta.
 Miraba los espantos sin espanto
 y la gente, admirada de su celo,
 con nueva turbación miraba al cielo, 305
 viendo lo que en su daño permitía,
 y las tierras en tanto,
 huérfanas se sintieron
 del autor de la paz en que se vieron.
 La impiedad que su sangre relamía 310
 en los soberbios y vencidos Reyes
 despertó, con vergüenza, tiranía;
 daban voces las leyes,
 de víctimas el miedo se valía.
 Volvió en César al Orbe su reposo 315
 y al término llegó de sus cuidados,
 que levantando el brazo valeroso,
 dejó los fulminantes fulminados.
 Así como en ausencia
 del ínclito Tebano, 320

[44] Silva a la ciudad de Logroño

mientras sintió de su ñudosa mano
el infierno, valor sin resistencia,
levantaron pestíferas gargantas,
serpientes abatidas a sus plantas
y ese cóncavo inmenso, 325
(efectos de temor) se vio ocupado
con montañas fantásticas de incienso;
mas luego que llamado
del voto universal, volvió a la tierra,
con nuevos triunfos la libró de guerra. 330
Habiendo conocido las naciones
por tributos, el siempre invicto Carlos,
y ellas a él por liberales dones,
renunció a sus Imperios, por dejarlos
sobre Alcides, que halló circunferencia 335
al Orbe, mas no el cielo diferencia
con nuevo Atlante, pues a entrambos llama
por diversos caminos a igual fama.
El águila imperial a cuyo vuelo,
mas no a la perspicacia de su vista, 340

sólo pudo poner límite el cielo,
no hallando ya enemigo
entró en batalla (gran valor) consigo,
a merecer los cielos por conquista;
y el gran Monarca a pobre retirado, 345
vivió particular, no conocido,
y en memoria mejor, de sí olvidado;
hizo mayor su fama con su olvido,
quedó la soledad acreditada
pero mereció ser templo de su espada, 350
y columnas de bélicos trofeos,
árbores, que alterando los semblantes,
con forma aunque sin alma de Briareos,
detuvieron el paso a caminantes.
Imitamos en muerte, como en vida 355
a aquél que exento de fatal agravio,
de la vista común al común labio
pasó, perdiendo el nombre de homicida
la Parca, y confesándose vencida,
que a los que mueren dándonos ejemplo 360

[46] Silva a la ciudad de Logroño

no es sepulcro el sepulcro, sino templo,
¡Oh, digno de seguir, de los mortales
ejemplo!, que me advierte que te diga,
que los campos del cielo son umbrales,
¡ejemplo que a pensar en él obliga! 365
Imitámosle, en fin, sus dos soldados,
los dos Mirtilos o los dos Sirenos,
a este agradable sitio retirados,
donde los horizontes más serenos,
y nunca el Sol en luz es diferente, 370
nunca en el aire tósigo consiente,
que flojos o cansados o rompidos
del teatro circular de esa montaña,
desde lejos deleitan los oídos;
porque este sitio sólo se acompaña 375
del aliento fecundo de sus flores.
Las nubes de sí mismas suspendidas
cuando tal vez exprimen sus licores,
pintan el aire con el Sol heridas,
el cual las ilumina de colores, 380

a las que viste el Fénix parecidas.
 Siendo mi natural el arquitecto
 y la necesidad dándome objeto,
 en ruinas de mi antiguo patrimonio,
 en confusiones levanté murallas, 385
 de las iras Francesas testimonio;
 que pudo detenellas y apagallas
 esa ciudad que superior preside
 a estas amenidades,
 y con sus torres las estrellas mide, 390
 gloria de España, honor de sus ciudades.
 Mira los chapiteles retocados
 de celestes reflejos
 que, móviles, impiden ser mirados,
 siendo (si damos crédito a los ojos) 395
 del campo soles y del Sol espejos.
 Allí los broncees rojos,
 gravemente oprimidos con blasones
 de vencidos franceses,
 dan fee de los paternos corazones, 400

abollados los cóncavos arneses
 y las huecas celadas
 sin resplandor, sin filos las espadas.
 Allí los rotos pechos, allí heridos
 los fieros rostros por la edad borrados, 405
 que aun el ceño les dura, y ser vencidos
 niegan los graves huesos desatados,
 y guardando el horror, con que atrevidos
 términos difirieron de los hados,
 solicitan magnánimos deseos 410
 para ocultar su estrago con trofeos.
 Juzgaras que en murallas y en almenas
 los Cíclopes sudaron,
 y que Marte domina en ejercicios,
 que en su mejor edad hoy vive Atenas 415
 con cuyo ejemplo tantos se ilustraron,
 a pesar de los vicios
 que allí perpetua resistencia hallaron.
 Ven a ver de más cerca su alabanza
 porque la lengua a la verdad alcanza. 420

Las tres torres que oprimen una puente,
que oprimida del Ebro se asegura,
al indómito Cántabro hacen frente
sustentando los cielos en su altura.
Antes al Sol en ellas que en Oriente 425
se mira, siendo espejo a su hermosura,
cuando cubre las tierras sombra oscura.
Por donde la ciudad da entrada al día,
verás arcos triunfantes,
donde el primor con manos elegantes, 430
al tiempo, que no vence, desafía,
al que derriba mármores gigantes,
descorazona robles, obeliscos
y pirámides vuelve a toscos riscos.
Recibe el medio día 435
por multitud de puertas, no ignorantes
de infinidad de triunfos y victorias,
ique menos puertas no fueran bastantes!
Dejemos esta parte a las historias,
la que despide el Sol es una sola, 440

mas digna de que el Sol salga por ella,
digna de ser otava maravilla,
cédele toda fábrica española,
da indicios de grandezas de Castilla.
No ha visto el orbe máquina tan bella: 445
es un coloso eterno, en que Sevilla
dirá a los siglos con espanto mudo,
aunque el Betis en golfo la convierta,
que miren lo que fue por lo que pudo.
Es tradición, por testimonios cierta, 450
que esa roja montaña,
árbitro que compuso
diferencias con Francia y con España
un tiempo, dio en su frente
a esas torres cimientos 455
y población con ellas a los vientos.
Que fue Brigo el primero que los puso,
segundo decendiente
del verdadero Tifis, que obediente
al cielo, contra el cielo en mar se opuso; 460

en la triunfante edad, gloria Romana,
 Julio, de áspera cumbre a vega llana,
 dejándole sus campos y ribera,
 la bajó: que varón menos valiente
 rendirla no pudiera, 465
 y por esto Julióbriga se llama,
 ínclita en hijos, inmortal en fama.
 Con la exterior belleza
 la interior proporciona,
 que artificiosa allí naturaleza 470
 o natural el arte, perficiona
 pensamientos romanos y corintos.
 Los edificios, montes son preciosos
 que pudo trasplantar la arquitectura,
 montañas de alabastros a llanura, 475
 de que formó apacibles laberintos,
 de invierno claros, de verano umbrosos,
 que como los palacios montes, valles
 en frescuras y fuentes son las calles.
 Mira el Ebro, del Cántabro muralla, 480

[52] Silva a la ciudad de Logroño

entre las peñas erizadas ronco,
 que a poco espacio sin moverse calla.
 Como mil ramas hijas son de un tronco,
 Nilo desta campaña
 diferente en cristal y en albedrío 485
 y en las flores bañándose, que baña,
 se finge muchos siendo sólo un río.
 Este, que honró con su apellido a España
 un tiempo, y de cien Ebros se acompaña,
 fecunda cien ciudades, 490
 y entre ellas la lisonja del segundo
 Emperador que en paz gobernó el mundo.
 Este, pues, que dudarás si le vieras,
 si entra en el mar o el mar en sus riberas,
 donde en ondas y en nombre queda muerto 495
 y abre puertas a España con un puerto
 capaz de seno, angosto de garganta,
 de Neptuno morada conocida
 y de su mano artificiosa planta,
 abre puertas a España para imperios 500

que aguarda de Orientales hemisferios,
 y a peso de tesoros apercibe
 la espalda, que de Inviernos sacudida
 da guerra con tributos que recibe
 del sol, al mar que por sus aguas vive; 505
 sepulta, no riberas, horizontes,
 igualando los valles con los montes.
 No tan soberbio en estas dignidades
 su nombre con sus ondas se levanta
 aventajando en majestad al Tibre, 510
 como por merecer besar la planta
 en su profundidad fortalecida,
 desta ciudad, por sus hazañas libre.
 No tan soberbio, porque fue testigo
 de la primera herida 515
 que recibió la dicha de Pompeyo
 de adversa suerte y próspero enemigo
 en la sedienta rota de Petreyo,
 cuando al vecino mar dio por cristales,
 con la sangre la arena confundida, 520

[54] Silva a la ciudad de Logroño

de heridos pechos líquidos corales,
y urnas a tanta gente
que mudó largo tiempo la corriente.
No, porque vio en sus iras al que honoran
las gentes con gloriosos sacrificios, 525
cuyas hazañas el Olimpo doran,
cuando el hijo del fuego,
el todo fiero Caco,
desindiciando vanamente indicios
a las invictas plantas dio la frente, 530
quedando descansadas las riberas
del que, tirano del común sosiego,
vistió de mal enjutas calaveras
la faz horrenda de su albergue opaco,
en vez de ganchos y cervices fieras; 535
por quien rojo Moncayo evaporaba
el calor de las vidas que quitaba,
y atónitos miraban sus horrores,
las secas nubes que de sí arrojaba
con llamas de pestífero veneno, 540

cuando Hércules al pecho le apretaba
con tan tenaces brazos
que le sacó del mundo con abrazos
vomitando los ojos por los ojos,
hazaña de que no quiso despojos. 545
No, porque se vio lleno,
y tanto, que moverse pudo apenas
represado del oro
que sacaron las llamas de las venas
de los inaccesibles Perineos, 550
túmulos ya de hidrópicos deseos;
cuyo inmenso tesoro
tanto desvaneció los altos montes,
que gigantes Faetontes
escalaron los cielos 555
con llamas y humo en vez de nieve y hielos,
y con torrentes largos de metales
que son arenas hoy de sus cristales
donde se congelaron,
las campañas regándolas secaron. 560

[56] Silva a la ciudad de Logroño

Fama es que entonces Francia
lloró el último día,
exequias celebrando a su abundancia
porque el Austro de llamas la cubría;
temió salir el Sol, y sus caballos 565
ya cuánto, al arrancar, se detuvieron.
Los cielos, sin mover ni ser movidos,
sus siempre fijos ejes oprimieron,
que de tan grave máquina sentidos
daban como quejándose gemidos. 570
Tembló con frente cenizosa España,
y habiendo ya perdido de su altura
gran parte la montaña,
como de sombras, aguas y verdura,
cayéronse las llamas, por consejo 575
de uno y otro Neptuno,
que en los daños ajenos adivinos
del que esperar podían,
sirviéndoles de espejos
sus golfos cristalinos, 580

que diluvios de incendios parecían,
 espantadas de sí, las detenían.
 En moderado bien, aunque contento,
 los dos, sólo en el nombre diferentes,
 vuelta la espada rústico instrumento, 585
 ciudadanos tal vez, mas desasida
 la inclinación del trato de las gentes,
 pasábamos, gozábamos la vida
 aquí, donde juzgar podrás que quiso
 el cielo darnos fee del Paraíso; 590
 donde la vid en todos signos blanda
 con pie amoroso por los olmos anda,
 y el paso que le dan paga en corona;
 donde naturaleza se perdona
 pues no aniquila con Agostos, Mayos; 595
 donde el tiempo no aguarda a que se siembre,
 que como Julio, frutos da Diciembre,
 por ser unos del Sol siempre los rayos,
 y si acaso tal vez la edad de hielo
 en mármol sepultando ese arroyuelo 600

emperaza las aguas fugitivas,
 luego que nace el sol, las verás vivas.
 Fue a tu padre gustoso,
 aun no desnudo el ánimo de hierro,
 acometer con el venablo al Oso 605
 y atravesarle desde el vientre al cerro.
 De las fieras temido,
 y a pie, por imitar en todo a Alcides,
 fatigaba la sierra
 cuya distancia con los ojos mides, 610
 sin perdonar al Gamo temeroso
 ni al Jabalí cerdoso
 de artificiales rayos prevenido.
 Gloria continua fue de su destreza
 (como lo certifican mis paredes) 615
 el Ciervo coronado de sus años:
 que era en él acertar, naturaleza.
 Puso a las aves en el cielo redes,
 a peces mudos, lícitos engaños,
 y derribó las Águilas del viento 620

conformándose mano y pensamiento.
 De mí se acompañaba,
 que cual sombra a su lado
 las menores acciones imitaba.
 Mas ¡ay!, la muerte, al más feliz estado 625
 a dar asaltos hecha,
 en medio de estos bienes sin cuidado
 a dos blancos hirió con una flecha:
 A mí, para que muera mientras vivo;
 a Mirtilo, dirátelo mi llanto, 630
 mi dolor, aunque grande, no excesivo,
 que él, por ser tanto, puede decir tanto.
 Mi soledad lo dice más de veras.
 Aun ese pastorcillo
 que no bien fijo en pasos y palabras 635
 sigue y reprime licenciosas cabras,
 con no saber sentir, sabe sentillo,
 si el dolor con que canta consideras.
 Las riscos y los brutos más feroces
 con ecos y gemidos, y las aves 640

en vez de dulces, con acentos graves
responden muchas veces a sus voces.
No le falta su lengua a esa corriente
ni a ese mármol, con lágrimas nacidas
no de la propiedad, del accidente, 645
que han sido generales las heridas.
¿Quién ignora el llorar que no lo aprenda,
si es fiera, de los hombres; y si es hombre
de las fieras y troncos?
¿Qué viento que no atienda 650
a letras, a bramidos y ecos roncós,
pagándonos su nombre con su nombre?
Bien que a su muerte no se debe llanto,
que lo estorba la fee, cuando la vida
se ajusta a la fee tanto. 655
A la ausencia es debida
la pena, como propia al ser humano,
a la piedad, a la amistad, no al gusto,
que tratar de tenerle ya es en vano.
Y así desconociendo la alegría, 660

conociendo lo justo,
no ceso de llorar desde aquel día,
fin de su muerte, de mi vida punto.
¿Quién con los labios cárdenos le viera,
y formando coluna del derecho 665
brazo a la cara, de la palma lecho,
y en las razones solo no difunto,
que aunque de bronce no se enterneciera?
Viéneme a la memoria que me dijo,
sepultados los ojos, alto el pecho, 670
calentando su diestra con mi diestra,
y a todas partes reclinando el cuello,
más débil en sus hombros que el cabello:
—«Cierto es Sireno que serás del hijo
padre, como del padre, y que Frondoso, 675
en quien de tu piedad puedes dar muestra,
ha de sentir afecto en ti piadoso.
No tanto que tu amor experimente
en la comodidad, como en el alma,
por nuestro amor, por tu bondad te pido. 680

[62] Silva a la ciudad de Logroño

Sabes cuán fácilmente
en ocio alegre de tranquila calma
separados del mundo hemos vivido,
sabes de lo que importa en cuánto olvido,
mientras hechas de carne las costumbres 685
buscábamos en honras pesadumbres.
Sabes que la inocencia
jamás cupo en ciudades,
que hallando en sus murallas resistencia
arrastra hierro, o vive en soledades. 690
Cuántas veces el índice engañoso
se equivocó (si adviertes)
honrando pusilánimes por fuertes
y dándonos lo horrendo por hermoso.
Sin lustre las costumbres, de gastadas, 695
negaban lo que historias nos decían.
A estatuas, de los siglos veneradas,
cadáveres plebeyos se oponían.
Las culpas, de los premios adornadas,
con resplandor impropio relucían, 700

las virtudes hipócritas, los vicios
 levantando piadosos edificios.
 ¿Qué trato llano fué?, ¿qué verdad viste?,
 ¿qué amistad, no cautela?, ¿qué semblante
 de poderoso, no temido y triste?, 705
 ¿qué deleite pacífico y constante
 aun después de adquirido con dolores?
 De esperanzas solícitas guiados,
 ciegos en aparentes resplandores,
 buscan los premios, hallan los cuidados, 710
 y daños en riqueza.
 Aquí falta materia a desdichados,
 es solar la virtud de la nobleza.
 En abierta pobreza
 pasamos más seguros 715
 que cubiertos de alcázares y muros.
 No el fresno limpio y vigilante pende
 prometiendo tesoros con violencia,
 ni espigado de acero nos defiende.
 Allá temen su espada los tiranos; 720

[64] Silva a la ciudad de Logroño

mas, ¿quién no temerá, si la conciencia
aun no se fía de sus propias manos,
y a ninguno, por suerte, diferencia?
¡Oh, cuántos de soberbios, soberanos,
niegan adoración a quien se debe, 725
admitiendo de súbditos altares!
Hacen la vida, hacen el mundo breve,
dando tósigo en oro por sustento,
si no con instrumentos más vulgares,
y a veces fue la causa un pensamiento. 730
De aquellos siempre borrascosos mares
a la tranquilidad deste elemento,
siendo Norte piadoso
a su confusa nave en golfo undoso;
de la muerte a la vida, 735
pues eres tabla en templo suspendida
donde está su peligro retratado,
sácale tú, Sireno,
librarásle de piélagos y veneno.
Y no pienses que muero sin herida 740

cuando en mis ansias vees este cuidado;»-
 dijo, y volviendo el rostro a las estrellas,
 que le esperaban de placer más bellas,
 con un suspiro que acabó en sollozo
 me libertó la diestra y dio los brazos. 745
 Bañéle con mis lágrimas, y el gozo
 de habernos un espíritu regido
 dividieron los últimos abrazos.
 Él sin vida quedó, yo sin sentido.
 Desde aquel para mí funesto día 750
 en que Mirtilo aseguró su fama,
 yo en la mesa soñaba que comía,
 nunca al dolor dormido,
 vertiendo arroyos, suspirando llama.
 Al irse el Sol, juzgaba que lo hacía 755
 por servirse de mares para llanto.
 Amigo del silencio y del espanto
 buscaba el centro obscuro de la sierra,
 paz viviendo tu padre, mas ya guerra
 de ganado y pastores, 760

[66] Silva a la ciudad de Logroño

que al que pasa la muestran con el dedo
 porque la boca ciérrasela el miedo.
 Veniste en fin, ioh tú, de mis dolores
 última medicina!
 El suyo resucita en tu semblante, 765
 en ti a Mirtilo veo,
 tú eres Mirtilo, no su semejante.
 Providencia divina
 al consuelo de entrambos te encamina.
 Yo, como viuda madre 770
 se alivia en el traslado
 vivo del muerto esposo y siempre amado
 en el hijo, que imagen es del padre,
 satisfago en los ojos al deseo.
 Tú, a quien el cielo ha dado 775
 primero que los años, la prudencia,
 honra tu padre, honrando sus consejos.
 En vecinos incendios recatado
 no aguardes el dolor de la experiencia,
 mira el mar desde lejos, 780

no ciego el apetito en los honores
 te lleve a inquietas Cícladas y errores.
 Haz Corte del desierto,
 sagrado de la vida,
 asegura en su puerto el mejor puerto, 785
 la tierra con el cielo te convida.
 Y aunque es verdad que sé que estás rendido
 donde amor voluntades no concierta
 al ídolo con nombre de Cupido,
 que adúltero y profano 790
 no entrega el corazón, cuando la mano:
 tanta amistad en deudo se convierta,
 quede con ñudo indisoluble unida.
 A mi Fili te ofrezco por esposa,
 que fuera de otro padre encarecida 795
 por noble y virtuosa.
 Tú sabes si es hermosa
 y yo no te la diera
 estando enfermo tú, si no lo fuera.

PARA INTELIGENCIA DE LA SILVA

Logroño está en una amena llanura sobre el río Ebro, que divide los Reinos de Castilla y Navarra. Cércanla distantemente montañas frutíferas y agradables. En una de la otra parte del río, llamada Cantabria, con este mismo nombre la fundó Brigo, nieto de Noé. Después Julio César (guardando la costumbre de los conquistadores Romanos) la bajó a lo llano, y eternizándose en esta, como en las demás hazañas, le dio por nombre JULIOBRIGA, que reserva el de sus dos fundadores. Los Reyes de Castilla la fortalecieron, por ser frontera importante, contribuyendo las ciudades del Reino, como en provecho universal. Es tradición que fue gasto de Sevilla y Córdoba la muralla y puerta de Occidente, suntuosidad digna de entrambas ciudades. Año de 1521, la sitiaron extranjeras naciones, y sin asistencia ninguna (que a la sazón España no estaba en estado de dársela), se defendió valerosamente; y el Emperador Carlos Quinto, de gloriosa memoria, la hizo exenta de toda imposición por haber redimido con su sangre la

libertad. Dejóle la artillería y otras muchas armas que ganaron los naturales, a que alude el Autor en lo que dice de los blasones; y en lo de Caco sigue los historiadores, que refieren que vivía y le venció Hércules en Moncayo, que significa Monte de Caco. Hay sobre la puente de Logroño tres hermosas torres, que son las armas de la ciudad.

OBRAS VARIAS
DE
FRANCISCO LÓPEZ-DE ZÁRATE

EDICIÓN DE JOSÉ SIMÓN DÍAZ

Tomo I



MADRID
1 9 4 7

NOTAS A LA EDICIÓN CRÍTICA

- ¹ De la biografía, persona y entorno literario y social de Francisco López de Zárate me ocupé con ocasión de la realización de mi tesis de licenciatura, publicada íntegramente en 1981 (*Introducción a la obra poética de F. López de Zárate*, Instituto de Estudios Riojanos, Logroño, pp. 13 a 105) en la que recogía todos los datos conocidos sobre el poeta, estudiaba con detalle lo que sus escasos biógrafos nos habían transmitido, y a la que me referiré a menudo, limitando así las repeticiones a lo más imprescindible y esencial. La minuciosa investigación documental en los Protocolos Notariales y Archivos Municipales se la debemos a José María Lope Toledo (cfr. *El poeta Francisco López de Zárate*, Logroño, 1954, pp. 21-35; «Más noticias biográficas sobre López de Zárate», *Berceo*, T. VIII, núm. 33, Logroño, 1954, pp. 465-67, y «Más notas sobre la familia de López de Zárate», *Berceo*, T. IX, n. 34, Logroño, 1955, pp. 113-15) y José Zamora Mendoza (vid. «La familia de López de Zárate», *Berceo*, n. 47, 1958, Logroño, pp. 155-71, y «Otra monja, López de Zárate», *Berceo*, n. 48, 1958, pp. 353-67).
- ² Cfr. *Protocolos Notariales*, Alonso Martínez de León, 1585, leg. 81, fol. 167 v. El documento del nombramiento del cargo, con todos los detalles del protocolo, en el Libro V de *Actas capitulares*, sin foliar, 1585, Archivo del Ayuntamiento de Logroño.
- ³ Dos poemas dedica Zárate a esta decisión religiosa, aunque ninguno de ellos se dirige a conmemorar la de sus hermanas, sino la de las nobles Juana y Luisa Manrique de Isasi y Leguizamón. La directa experiencia familiar pudo estar presente en la elaboración de dichas composiciones.
- ⁴ *Protocolos Notariales de Logroño*. Mateo Ayala. Año 1624, legajo 232, fols. 285-86.

- ⁵ *Archivo histórico universitario de Salamanca*. «Relación de estudiantes en los cursos de la universidad salmantina 1598-99 y 1599-1600», Libro 308, fol. 31. Zárata no aparece en los libros de graduados. No se sabe exactamente cuándo dejó de estudiar porque están perdidos los libros de matrículas de los años 1600 a 1603.
- ⁶ Cfr. Fernando Bujanda, «Notas sobre la enseñanza en la Rioja», *Berceo* n° 5, Logroño, 1947, pp. 509-11, y Francisco Javier Gómez, *Logroño histórico*, Logroño, 1883, pp. 139 y ss. Más recientemente se ha ocupado del problema Manuel de las Rivas en el vol. 3 de la *Historia de la Rioja (Edad moderna y contemporánea)*, «Las letras riojanas durante los siglos XVI y XVII»: «El humanismo jesuítico en la Rioja», editada por la Caja de Ahorros de la Rioja y dirigida por Justiniano García Prado, Logroño, 1983, pp. 117 y ss.
- ⁷ W. F. King, *Prosa novelística y academias literarias en el siglo XVII*, Anejo X, RAE, Madrid, 1963, pp. 50-1. Para más detalles *vid.* José Simón Díaz, *Historia del Colegio Imperial de Madrid*, Instituto de estudios madrileños, Madrid, 1953, T. I, pp. 302 y ss. y *Memorial Histórico español. Cartas de los PP. jesuitas*, Madrid, 1861, Vol. XIII, p. XVII.
- ⁸ Ofrezco detalladamente todas las referencias en mi estudio, *op. cit.* pp. 52-54.
- ⁹ Cfr. el cap. de Simón Díaz en *Censo de escritores al servicio de los Austrias y otros estudios bibliográficos*, C.S.I.C., Madrid, 1983, pp. 7 a 32. Para Pérez Guzmán, Zárata «hechura del Marqués de Siete Iglesias, había sido oficial de la Secretaría de Estado. Muerto trágicamente su protector en el suplicio, se retiró de la covachuela y arrojó toda su vida con impertérrito valor la pobreza, hasta casi la indigencia, por no ser servidor del que había sido de su bienhechor verdugo» (Se refiere, naturalmente, al Conde-Duque de Olivares. De la antipatía entre éste y Zárata se ha conservado alguna anécdota, que reproduzco en mi *op. cit.*, p. 60). La cita en Pérez Guzmán, *La España Moderna*, «Bajo los Austrias, Academias litera-

rias de ingenios y señores», n.º LXXI, Madrid, 1894, p. 104. Matizo la afirmación de Pérez de Guzmán en mi libro *cit.*, pp. 76 y ss.

¹⁰ Remito al poema *Fiestas en la traslación del Santísimo Sacramento a la iglesia Mayor de Lerma* (*Obras varias*, T. I, Madrid, 1947, pp. 71 a 166).

¹¹ Cfr. Robert Jammes, *Etudes sur l'oeuvre poétique de Don Luis de Góngora y Argote*, Fascicule XL, Bordeaux, 1967, p. 288, donde afirma: «Du 6 au 20 octobre 1617 eurent lieu à Lerma de grandes festivités auxquelles participèrent de nombreux écrivains de l'époque. Góngora fut du nombre, et il est possible qu'il ait choisi cette occasion pour présenter au duc la partie du *Panegyrique* qui était déjà rédigée: il ne faut pas oublier que l'année précédente, il avait participé aux fêtes et au concours poétique organisés à Toledo par le cardinal Bernardo de Rojas y Sandoval, oncle du duc de Lerma; le roi en personne, accompagné de sa famille, assistait à cette manifestation. Il est évident que Góngora dut profiter de l'occasion pour poser certains jalons dans la perspective de sa prochaine installation à la Cour.»

¹² Encarcelamiento y posterior ejecución de Rodrigo Calderón. Prisión del Duque de Osuna, asesinato del Conde de Villamediana, etc. Eustaquio Fernández de Navarrete y Cayetano de la Barrera cuentan que Zárate nunca había estado del todo satisfecho con su empleo oficial y que la vida de la Corte le disgustaba, que no respondía a su carácter. A pesar de ello, vivió en Madrid hasta su muerte. Cfr. E. Fernández de Navarrete, «Francisco López de Zárate», *Semanario Pintoresco Español*, T. X, 16 de marzo de 1845, Imp. de D.V. Lalama, Madrid, pp. 81-84, y Cayetano de la Barrera, *Catálogo bibliográfico y biográfico del teatro antiguo español*, ed. facsímil, Gredos, Madrid, 1969, pp. 222 y ss. (Recojo estas alusiones en mi *op. cit.*, pp 57-8). Buena parte de su actividad social literaria se desarrolla en época temprana, aproximadamente entre los años 1619 y 1630. En estos años participa en justas y certámenes públicos,

escribe numerosos poemas circunstanciales de corte académico y dedica otros tantos a los preliminares de los libros de sus amistades o conocidos. Los libros escritos por los autores a los que Zárate dedica preliminares son de lo más variado: políticos, pedagógicos, morales, poéticos, geográficos, de arquitectura, novelescos, etc.

- ¹³ Dedicó dos sonetos a la muerte en el cadalso de Rodrigo Calderón, y es indicativo el hecho de que los temas morales que giran en torno a la inestabilidad de la fortuna, el poder, la privanza, la riqueza, etc., estén ausentes de su primera edición de 1619. Será a partir de estos años cuando estos motivos pasen a formar uno de los centros temáticos de su obra poética. Todos ellos los publicó en la edición de 1651.
- ¹⁴ Cfr. Cayetano A. de la Barrera, *op. cit.*, p. 223. El número de poemas que Zárate dedica a la nobleza, monarquía, señores e hidalgos de casas linajudas y puestos oficiales de cierta importancia, —siempre laudatorios y llenos de reverencia, jamás satíricos—, es realmente importante, sobre todo en las secciones de su edición de 1651 tituladas: *rimas heroicas*, *sonetos heroicos*, *rimas fúnebres*, *sonetos*, *canciones* y *elegías fúnebres*.
- ¹⁵ Zárate debió vivir, según su propio testimonio como testigo en una información iniciada en agosto de 1648, en la calle del Osso, frontero de la Virgen del Fabar, en casas propias.
- ¹⁶ Hacia el año 1644 Zárate no se encontraba con fuerzas para viajar y, aunque no pudo acudir al *Certamen poético celebrado en Logroño por la muerte de Isabel de Borbón* en 1644, sin embargo envió un soneto por correo a instancia de un amigo riojano, Ximénez de Enciso Porras, quien, tras elogiar encendidamente al poeta, reproduce alguna de sus palabras: «Y con que, siendo de su pluma no hay rasgo que no sea hermoso, y deba ser excepción de toda regla, excusa, por su modestia, no ser conforme a la que dio al Certamen, con este capítulo: «Hállome en años de jubilado, y de errar más que

de acertar, pero no he querido dejar de obedecer a V. M. aunque no en lo regularísimo del Certamen; de que estoy excluido por sexagenario casi, etc.». José Esteban Ximénez de Enciso Porras, *Relación de la memoria funeral que en 27 y 28 de noviembre de 1644 la muy noble y muy leal ciudad de Logroño hizo a la muerte de la católica Isabel de Borbón, nuestra reyna y señora, muger de Filipo III el grande. Rey de las Españas*. Juan Díez de Valderrama y Bastida, Logroño, 1645, folios, 144 y 145). A juzgar por este testimonio, habría que retrasar las hipótesis sobre la fecha de nacimiento del poeta hasta los años 1584 o 1585.

¹⁷ «Obiit V die Martii MDCLVIII septuagenario major, fereque ab aliquot annis sibi premortuus saeva paralyssi, artus et mentem hominis, unaque sensus, numquam tamen nimi pietatem, dissolvente.» (Nicolás Antonio, *op. cit.*, p. 438).

¹⁸ El texto procede de la edición de la *Silva* editada en el número 3 de la revista *Calle Mayor. Trimestral de Literatura, Crítica y Artes* (Sociedad Cultural Calle Mayor, Gobierno de La Rioja, septiembre de 1986). En la actualidad el busto se encuentra en el patio del CEIP Caballero de la Rosa, en la calle Madre de Dios 51, también en Logroño.

¹⁹ Lope de Vega, *Justa poética y alabanzas justas que hizo la insigne villa de Madrid al bienaventurado San Isidro en las fiestas de su beatificación*, Colección de las obras sueltas así en verso como en prosa, Madrid, Antonio de Sancha, 1777. Tomo XI. Los versos de Lope de Vega aparecen en el vejamen. En el prólogo a *La relación de las fiestas* ponderó los vuelos que había tomado por aquel tiempo la poesía española en la persona de López de Zárate:

Pero si quisiéramos hacer rostro a Italia no faltarían ahora notables nombres pues bien se puede oponer el soneto *A la rosa* de Francisco López de Zárate a todos los de entrambas lenguas. Rosa es ésta que no la

podrá marchitar ni el ardor del sol ni el hielo de la envidia.

Parecidas palabras e intención muestra Lope de Vega en el breve texto que escribió como Censor del Consejo de Castilla, en los preliminares de la primera edición de Zárata, en 1619. Dice allí:

Por mandato de Vuestra Alteza he visto un libro titulado *Varias poesías*, autor de Francisco López de Zárata... Me parece que es un ejemplo del lugar a que han llegado este género de estudios en España, que de pocos años a esta parte florecen con hermosura de su lengua y honra de nuestra nación. Está rigurosamente mirado el arte y la imitación latina de quien procede, por cuyo cuidado merece alabanza, etc...

No hay que tomarse demasiado en serio las alabanzas de Lope de Vega, ya que el elogio y el panegírico entre escritores eran moneda corriente en la época y muchas veces no son sinceros, sino simplemente convencionales y circunstanciales (compromisos pasajeros con compañeros de academia y de viajes). No obstante es una prueba más de la consideración que disfrutó Zárata entre sus contemporáneos. Y del creciente orgullo nacional respecto a las letras españolas.

²⁰ Se diría que Zárata sigue el modelo de la introducción de *Los siete libros de la Diana* de Jorge de Montemayor (ed. de Francisco López Estrada, Clásicos Castellanos, 4ª ed., Madrid, 1967, pág. 7), de quien toma también el nombre del pastor protagonista, Sireno, puesto en relación con el Sincero de Sannazaro por H. Iventosch en *Los nombres bucólicos en Sannazaro y la pastoral española. Ensayo sobre el sentido de la bucólica en el Renacimiento*, Valencia, 1975, pp. 38-45.

²¹ «Modalidad poética dominada por las *Silvae* de P. Papinius Statius (Estacio), que escribe las suyas entre los años 90-95 después de Cristo; por Angelo Poliziano, que arrancando de Estacio la trans-

forma, convirtiéndola en variante poética y didáctica de las producciones académicas; y por Lorenzo de Medicis discípulo de Poliziano. Ellos crean o renuevan esta modalidad poética, fluctuante entre el lirismo puro y la descripción o la didáctica. La difusión de los poemas de Poliziano –y de rebote, los de su modelo Estacio– se deben en España a Francisco Sánchez de las Brozas o Brocense. El Brocense imprimió para uso de sus alumnos –entre los que probablemente se encontraría D. Luis de Góngora– *Angeli Politiani Sylvae* (Salamanca, 1554, 1596), con un comentario de 96 páginas» (Eugenio Asensio, art. cit., *Edad de Oro*, n.ºII, Universidad Autónoma de Madrid, 1983, pp. 20 a 22).

- ²² «Estacio llama a sus Silvas... “libros menudos que en el ardor de la inspiración con una velocidad que me daba placer se me escaparon de las manos”. Los modernos escogen otros rasgos característicos. Para Hugo Friedrich, el título de la colección *Silvae* (bosque, selvas) subraya lo caótico, lo inacabado, multiforme, el elemento de variedad y desorden de estas poesías. De la decantada frivolidad y exquisitez de las silvas, casi nada ha pasado a los poemas heredados del nombre. La azogada movilidad de los poemas rotulados con este nombre hace muy laborioso el captar un núcleo temático o estilístico que les vincule con los de Estacio... Las silvas no están centradas en una única experiencia amorosa como tantas secuencias de sonetos petrarquistas. No están ligadas por un movimiento narrativo, ni gravitan hacia una tradición arrolladora, como los seguidores de Virgilio y de Horacio. Hay un rasgo que las mejores de ellas comparten, el gusto por la descripción, por la ekfrasis o pintura concreta y vivida de objetos naturales y artísticos, lugares geográfica o históricamente ambientados, con valor propio, no subordinados a la dinámica narrativa aunque sí a los sentimientos y reflexiones. Esta regla no es absoluta, pues siempre queda un residuo de poemas rebeldes a toda generalización.» (*Ibid.*, pp. 22-23).

- ²³ *Ibid.*, p. 24. Vid. K. Vossler, *La soledad en la poesía española*, Madrid, 1941, pp-97 a 101, donde ofrece una precisa historia de la Silva. Sobre este aspecto puede consultarse también Maurice Molho, *Semántica y Poética*, Ed. Crítica, Barcelona, 1978, pp. 43 y 55.
- ²⁴ Mauricio Molho, *op. cit.*, p. 46-49.
- ²⁵ Eugenio Asensio, art. cit., *Edad de oro*, p. 27.
- ²⁶ Deseo que parece también haber movido a los responsables de Ediciones del 4 de Agosto y el festival Agosto Clandestino, poetas en La Rioja, en cuya decimoséptima edición se presentó en sociedad este cuaderno. Se celebraba entonces el V Centenario del Sitio de Logroño.
- ²⁷ «Hónrase esta página con unas palabras de aquella alma delicada, Virginia Woolf, la espectral: “Nada me duele más que el desdén con que trata la gente a los autores secundarios, como si sólo los de primera cupiesen en el mundo”» (Pedro Salinas, *El Defensor* (1948): 2. Defensa de la lectura. El estanco de los clásicos, en *Ensayos Completos*, vol. II, Taurus, Madrid, 1983, pág. 329).
- ²⁸ Simón Díaz valora el *Memorial* en estos términos: «Muy semejantes a sus congéneres en la desmesurada apología, el excesivo lastre erudito y el uso de fuentes apócrifas, el libro de Albia se diferencia, no obstante, de los demás por haber sido compuesto lejos de la ciudad a que se refiere y sin la utilización directa de las fuentes documentales. Esta última falta, que pudo originar graves consecuencias, está compensada por el acopio de datos tomados de textos impresos, que denota la cercanía de una biblioteca bien provista de libros históricos españoles, y por la reproducción íntegra de documentos fundamentales, de que se procuró copias. Además la lejanía presta singular emoción a las contadas evocaciones de índole subjetivas, y facilita una certera visión de la sociedad coetánea, originando la omisión de todos aquellos datos personales y genealógicos que recargan los textos semejantes y limitando la mención y

el elogio a los dos auténticos valores del momento, los destinados a sobrevivir en el recuerdo: el pintor Navarrete el Mudo y el poeta Lopez de Zárate (p. XXII).

NOTAS A LOS VERSOS DE LA SILVA

25-6. Caballo del Sol, Etón, que tiene aliento de humo y relinchos de fuego. Góngora utiliza la imagen en la octava XLIII de *Polifemo*, «Su aliento humo, sus relinchos fuego...». Pellicer explica el pasaje en sus *Lecciones solemnes*: «Venían ya los caballos del Sol arrojando humo por las narices, y relinchando fuego por la boca». La imagen aparece en Ovidio relacionada con la fabula de Faetón, hijo del sol. Cfr. Antonio Vilanova, *Las Fuentes y los temas del "Polifemo" de Góngora*, Madrid, Instituto Miguel de Cervantes (CSIC), 1957, vol. II, pp. 381 a 387, que entre otras fuentes, cita la traducción de Sánchez de Viana de Ovidio:

«...veis que salen los caballos
de Febo, que en oïllos se lastima.
Ethón, Pyrois y *Phlego*, que nombrallos
pudo el efecto, y Heoo, relinchando...» (p. 383).

Góngora utiliza la imagen para metaforizar la puesta del sol, Zárate para el amanecer.

110-113. La descripción de la fuente a través de una metaforización que utiliza términos y conceptos tomados de la retórica («varia en acciones, en discurso breve,/ persuadiendo...»), mereció el elogio de Gracián: «Cuando se duplica el apodo de modo que es doble, sale entre los dos muy bien la contraposición; así a una fuente, dijo uno:

Hija de las entrañas de aquel monte,
y madre de las flores deste prado.

En el movimiento la exprimí agradablemente el limado Zárate:

Retórica se para,

retórica se mueve.» (Baltasar Gracián, *Obras completas*, ed. de Arturo del Hoyo, *Agudeza y arte de ingenio*, Aguilar, Madrid, 1967, p. 448).

Probablemente Gracián leyó la Silva a través de algún manuscrito,

- ya que su cita presenta una variante que no aparece en los testimonios que hoy conocemos.
125. «Ese instrumento» es el rabel, «instrumento músico pastoril. Es pequeño, de hechura como la del laúd. Compónese de tres cuerdas solas, que se tocan con arco, y forman un sonido mui alto y agudo». (*Aut.*, T. III, p. 478).
126. El nombre de Belardo, de tono más castizo que los nombres clásicos de la pastoral y de los que Zárate utiliza en sus poemas pastoriles de arte mayor, pertenecería, según Iventosch, al grupo de nombres dedicados a celebrar la belleza física del hombre. «La célebre categoría de los nombres en Bel-, ausente, a mi saber, de la pastoral de Italia, pero omnipresente en España: Beliseo, Belisarda. Belisa, etc. Nombres en Chiar y Bel- me parecen insuficientemente clasicistas y estilizados para los italianos: y no así para los españoles.» (*Los nombres bucólicos... cit.*, pp. 32 y 33).
127. Sobre el empleo de «dulce» y «dulcísimo» a partir de la Edad Media y a través del Renacimiento *vid.* el breve estudio de Iventosch, «El nombre y el adjetivo» en *op. cit.*, pp. 127 a 140. Analizando el valor del adjetivo en la literatura bucólica, señala: «Volviendo al tema del *dolce*, es obvio que no sólo son «dulces» las gentes de la Arcadia, sino también el propio universo en que habitan. Es ya lugar común, que en Virgilio, y a imitación suya en la pastoral del Renacimiento, hombre y Naturaleza están en armonía...», p. 135.
Por otra parte, nótese que la música no se nombra, se alude a ella a través de los sistemas esenciales que la sustentan, «el contrapunto» y la «armonía».
130. *Gramma*, hierba muy común «que produce unos ramillos que se extienden por la tierra, divididos de trecho a trecho, por ciertos nudos o coyunturas.» (*Aut.*).
- 142 Roscas, «Una manera de bello rolloço, que se viene a cerrar en redondo, quedando vacío en medio.» (*Cov.*).

204. *Parche*: sinécdoque de *támbor*. «Se llama también el pergamino o piel con que se cubren las caxas de guerra. Tórnase alguna vez por la misma caxa.» (*Aut.*).
237. Se refiere a los dos primeros reyes de la Casa de los Austrias, Carlos I de España y V de Alemania, nieto de los Reyes Católicos, hijo de Juana «la Loca» y Felipe «el hermoso», que reinó de 1516 a 1556, año en que se retiró al Monasterio de Yuste, muriendo allí en 1558. (Sobre este hecho se habla también en la *Silva*, como modelo de conducta, unos versos más adelante). Y Felipe II, su hijo, que reinó de 1556 a 1598. Constituyen estos dos reyes el momento cumbre del poder político y militar de España en Europa. Sobre el tema, *vid.* John Lynch, *España bajo los Austrias/ I, imperio y absolutismo 1516-1598*, ed. Península, Barcelona, 1970; Antonio Domínguez Ortiz, *El Antiguo Régimen: Los Reyes Católicos y los Austrias*, Alianza Universidad, Alfaguara, Madrid, 1973. *Cfr.* también Pierre Chaunu, *La España de Carlos V, I: La estructura de una crisis*, Península, Barcelona, 1976 y William Thomas Walsch, *Felipe II*, sexta ed., Espasa-Calpe, Madrid, 1968.
241. Las cualidades de Felipe II se conocieron muy tempranamente, antes de que heredase el reino, porque ya desde la adolescencia, a los 16 años, en 1543, fue nombrado Regente de España, mientras Carlos V permanecía en Alemania demostrando capacidad y eficacia en su gestión. También fue Rey consorte de Inglaterra durante su matrimonio con María Tudor, entre 1554 y 1558. Su padre le nombró Duque de Milán en 1546.
255. Como ya es sabido, el título de César se adjudica al Emperador Carlos. Respecto a las «Líbricas riberas» del v. 258 y la descripción posterior de una tempestad que azotó a la flota española, dirigida por el propio Emperador, forzosamente ha de conectarse con la fracasada expedición a Argel del año 1541. Esta expedición partió de Baleares el 14 de octubre de dicho año y desembarcó el domin-

[82] Silva a la ciudad de Logroño

go 23 entre Argel y cabo Matefux. Entre el 24 y el 25 se desencadenó una tormenta que arrojó a la costa más de 150 navíos, combiniándose este desastre en el mar con una salida de los defensores de Argel, que puso en fuga a los mercenarios alemanes e italianos que formaban parte del ejército imperial. El Emperador ordenó la retirada general a pesar de las enérgicas protestas de Hernán Cortés, el conquistador de México, que formaba parte de la expedición. La retirada fue muy dificultosa, dadas las condiciones atmosféricas. Carlos V se detuvo en Bugía para reparar su galera y llegó a Cartagena a principios de diciembre, cuando ya se había corrido por España al rumor de su muerte. El poeta adjudica en el texto al «Gran César» la consecución de la bonanza en el mar, por la fuerza de sus «oraciones», hecho que nos remite al poema de *La Invención de la Cruz*, donde también las oraciones de la Emperatriz Helena consiguen calmar el huracán desencadenado por el demonio. Estamos, por tanto, ante un *topos épico* característico de Zárate, de signo contrarreformista. Cfr. *Diccionario de Historia de España*, dirigido por Germán Bleiberg, Alianza editorial, Madrid, 1979-81. Para la expedición a Argel, Tomo 1, pp. 328-29.

319-330. Por un lado, la descripción de la ausencia del Emperador Carlos V se realiza tomando como imagen básica el mito de Hércules, nacido en Tebas («ínclito tebano»), y su undécimo trabajo, cuando fue al infierno a llevarse al Cancerbero.

Por otro lado, trasladando la alusión al plano histórico, «las serpientes», «el cóncavo inmenso», etc., podrían estar haciendo referencia a la rebelión de los protestantes, que alcanzó su punto culminante en los años posteriores al desastre de Argel, en 1541, y que acaba de ser descrito en la *Silva*. Los vv. 328 a 330 indicarían así la batalla de Mühlberg, que tuvo lugar el 24 de abril de 1547, y en la que fueron derrotados los príncipes protestantes alemanes.

339. «El águila imperial»: Carlos V. Sabido es que el águila era símbolo de la monarquía austriaca y, directamente, del Emperador. *Vid.* el emblema n.º 15 de D. Sebastián de Covarrubias Orozco, *Emblemas morales*, facsímil de la ed. de 1610, editado con una introducción por Carmen Bravo-Villasante, Fundación Universitaria Española, Madrid, 1978, fol. 15, que representa un águila sobre su atalaya, y cuya letra dice:

«El Águila caudal, de vista larga,
sólo mira al sol, de hito en hito,
mas desde la alta cumbre, abajo, alarga
a ver con su agudeza, el más chiquito
conejo o savandija. El que se encarga
de cargo pastoral, hace delito,
si junto con el ser contemplativo,
también no es, en el gobierno, activo.»

Aunque la moralización de Covarrubias se dirige en este caso a un prelado u obispo, no hay que olvidar que el doble sentido simbólico del águila como ser que reúne dos formas fundamentales de estar en el mundo, contemplativa y activa, puede aplicarse a otro sujeto. En el emblema n.º 34 (fol. 34 de la *ed. cit.*), dedicado al «gran Filipo de Austria, que segundo/ fue en nombre, y en valor primero, Señor, Rey y Monarca deste mundo,/ un sabio Salomón, David guerrero... etc.», Felipe II, se representa la esfera del mundo sobre la que reposa un águila con las alas extendidas, mirando hacia el sol, y con una corona en la cabeza. La inscripción dice: «Tertia-Regna-Peto».

384-91. El año 1444, el padre de Isabel «la Católica», el Rey Juan Segundo, ya había distinguido a Logroño, concediéndole algún privilegio. (*Cfr.* «Carta de privilegio del Rey Don Juan el Segundo, para que Logroño se llame Muy Noble y Muy Leal Ciudad» y «Privilegio del Rey Don Juan el Segundo para que la ciudad tenga

voto en Cortes», en *Memorial histórico por la ciudad de Logroño*, de Albia de Castro, *ed. cit.*, apéndices, pp. 183 a 187 y 117 a 124), para después de la victoria contra los franceses, que sitiaron la ciudad en 1521, el Emperador Carlos otorgó a esta nuevas distinciones, a las que de manera implícita hace referencia Zárate en estos versos. («Privilegio de la merced que el Emperador Don Carlos, y la Reina Doña Iuana su madre fizieron a la Muy Noble y Muy Leal Ciudad de Logroño y su tierra, y vezinos y moradores della, de libertad de servicio y moneda forera, e otros pechos e tributos», apéndices de *op. cit.*, p. 187 y ss.)

El sitio de Logroño fue uno de los incidentes significativos de la guerra que Carlos V mantuvo con el rey Francisco I de Francia, entre 1521 y 1526. El ejército francés, mandado por Asparrot invadió Navarra en mayo de 1521, ocupó la ciudad de Pamplona, conquistando su ciudadela, entre cuyos defensores se encontraba el futuro San Ignacio de Loyola, y desde Pamplona, por Los Arcos, se presentó ante la ciudad de Logroño el 22 de mayo del mismo año. Los logroñeses resistieron durante 18 días los ataques del enemigo, que se vio obligado a levantar el sitio al día 11 de junio, ante la llegada de refuerzos castellanos. Ese es el motivo histórico del patronazgo de San Bernabé, cuya festividad conmemora todavía el 11 de junio. La fuente histórica más cercana sobre estos hechos, con especial atención a los acontecimientos logroñeses, se encuentra en la clásica obra de Fray Prudencio de Sandoval, *Vida y hechos del Emperador Carlos V*, y la inmediata posterior es el *Memorial cit.* de Albia de Castro, contemporáneo de nuestro poeta, en la que se narra: «Començo con esto a batir la Ciudad con 29 pieças de artilleria mui gruesa, juzgando obraria su ruido, i daño, i el espanto de tan poderoso exercito lo que no hizo, ni ruegos, ni amenazas. Pero los valerosos Logroñeses no haziendo caso de su estruendo, ni menos de tan copioso exercito, conforme el consejo que refiere

Tacito dio Paulino Suetonio a sus Romanos contra los Ingleses, se resolvieron conformes (casi inexpugnable con esto, dize Enneas Silvio, será una Ciudad) llevados de su valor, fidelidad y gallardía defender su patria, morir gloriosamente por ella, y por el servicio de su Rei, y de Castilla, y para mejor ejecutarlo, auian ya reparado a su costa los muros, derribado, y quemado el hospital, i muchos edificios y casas que auia fuera, i en particular curiosos i apacibles jardines i huertas que tenían.» («*Defensa y victoria grande de la ciudad de Logroño contra el exercito francés, que la cercó, año 1521*», *op. cit.*, pp. 143 a 180, cita en p. 155). Para un relato moderno de los hechos, puede consultarse, entre otras, Francisco Javier Gómez, *Logroño histórico. Descripción detallada de lo que un día fue y de cuanto notable ha acontecido en la ciudad desde remotos tiempos hasta nuestros días*, Logroño, «La Rioja», 1893 y *Apuntes históricos de Logroño. Refundición corregida y ampliada de «Logroño histórico»*, Imp. Notario, Logroño, Tomo 1, 1943. También, Esteban Oca y Merino, *Historia de Logroño*, Hijos de Merino, Logroño, 1914, o *Historia de La Rioja*, dirigida por Justiniano García Prado, ed. Caja de Ahorros de la Rioja, 3 vols., Logroño, 1983, Tomo 3, pp. 99 a 102.

Así como el reciente *El cerco de Logroño de 1521: mitos y realidad*, coordinado por Diego Téllez Alarcía, editado por el Instituto de Estudios Riojanos con motivo del V Centenario del hecho, en 2021, y en ficción *1521, la novela del Sitio de Logroño*, la novela de Marcelino Izquierdo (Buscarini, 2021).

392. Chapiteles, remates de las torres «medias naranjas, o semejantes edificios, que para la hermosura se levantan en forma pyramidal, ya cuadrado, ya ochabado, y con varias labores, que le adornan, y dan hermosa vista.» (*Aut.*). Se refiere a los remates de torres de las iglesias de Santa María de Palacio y de Santiago, que junto a la de San Bartolomé, son las más antiguas de la ciudad. Para una descripción detallada de la época, *cfr.* «Cosas varias de la ciudad de

Logroño, de particular estima y grandeza, eclesiásticas, y seglares», en *Memorial...* cit., pp. 125 y ss. *Vid.* también Antero Gómez, *Logroño y sus alrededores. Descripción de los edificios principales, ruinas, muros, y demás notable que la ciudad encierra*, Domingo Ruiz, Logroño, 1857.

397. «Allí los broces rojos», remite a la explicación que el propio autor ofrece al final de la *Silva* para su mejor comprensión: «Y el Emperador Carlos V, de gloriosa memoria, la hizo exenta de toda imposición, por haber redimido con su sangre la libertad. Déjole la artillería y otras muchas armas que ganaron los naturales, a que alude el Autor en lo que dice de los blasones» (v. 398). «Bronces», en el sentido metafórico de artillería es «voz propia de la Poesía» (*Aut.*)
398. Blasones, «Se toma casi siempre por el mismo escudo de armas;... que ya por blasón se entiende comúnmente las mismas armas así ordenadas y distribuidas en los escudos».
- 419-24. Los dos personajes, Sireno y Frondoso, en su paseo, van acercándose a la ciudad. La primera observación se realiza desde los campos que la rodean, a la otra orilla del río Ebro. Ahora llegan al único puente que entonces existía sobre el Ebro, para más adelante, penetrar en la ciudad. El puente tenía tres torres o castillos, y a él dedica un capítulo F. Javier Gómez, «El puente sobre el Ebro» en *Logroño histórico*, ed. cit. pp. 535 a 548, donde dice: «Nada hay de aquellos tres castillos que tuvo sobre los pilares que sirvieron de apoyo a los diez y siete arcos de que constaba; siendo preciso acudir a los escudos de armas de la ciudad, para saber que existieron las torres o fortalezas hasta algunos años después de terminada la primera guerra civil. Tampoco hay más que un pequeño resto del cimiento de otro gran arco que facilitaba la comunicación con el terreno llamado del Sotillo: todo ha perecido.» (pp. 535-36). También lo describe el contemporáneo de Zárata, Albia de Castro, con estas palabras: «Sobre este río famoso por tantos títulos, assi le

llaman varios autores, tiene Logroño una puente grande por muchas y notables circunstancias, la primera por ser el edificio de largo de 716 pies de largo de vara, 12 arcos reales, los 8 de 46 pies de hueco, y los quatro con poca diferencia, es el passo de ancho 18 pies, y cada cuchillo 20 de ancho y 42 de largo, hay sobre ella tres torres en puestos proporcionados, que han servido diversas veces a todo el Reino de gloriosa defensa. Por esto la puente, y ellas son sus armas, añadidas las tres flores de Lises de Francia, por merced del Emperador don Carlos V entre las demás que le hizo en consideración de la vitoria del año 1521...» (*Memorial* cit., pp. 65 y 66). Para la historia del puente *vid.* Merino Urrutia, «El puente de piedra de Logroño», en *Berceo*, IV, Logroño, 1949, pp. 605 a 607, y J. Zamora Mendoza, «El puente de piedra sobre el Ebro», *Berceo*, T. V, 1950, pp. 123 y ss. Sobre las citadas torres, *cfr.* N. A. Solar Quintes, «La Alcaldía de la fortaleza y torres de la ciudad de Logroño», *Berceo*, Logroño, T. III, 1948, pp. 29-35, y C. Goicoechea, *Castillos de la Rioja*, Logroño, 1949, pp. 65-67.

441. Aquí se refiere a la puerta de occidente, cuyos restos todavía se conservan en buen estado, tal y como los describe Zárate. Es la única zona que queda en pie del antiguo recinto, denominada hoy Puerta del Rebellín, que según la tradición, como el autor recuerda en el texto en prosa del final de la silva y en los vv. 441 a 450, fue regalada por Sevilla a la ciudad de Logroño. Sin embargo, los versos del poema pudieran dar la impresión de que esa puerta existía ya durante el asedio francés, en cuyo caso estaríamos ante una inexactitud del poeta, ya que el escudo de la ciudad en piedra que campea sobre el hueco del portón incluye las flores de lis, que precisamente fueron añadidas a los blasones logroñeses a raíz de la derrota del francés. La Puerta del Rebellín es, por tanto, posterior al sitio de Logroño.

451-457. Sobre la región denominada «Cantabria» por los historiadores tradicionales, desde las fuentes romanas hasta bien avanzado el siglo XVIII, puede verse la síntesis que un autor riojano de finales del s. XVII, Fray Mateo de Anguiano, recogiendo la tradición, realiza en su *Compendio historial de la provincia de la Rioja, de sus santos, y milagrosos santuarios*, con privilegio, en Madrid, por Antonio González de Reyes, a costa de Francisco Laso, mercader de libros, segunda impresión, 1704, donde indica: «En los siglos antiguos estuvo situada en medio de esta Provincia la celebrada Ciudad de Cantabria, cuyas ruinas y nombre han quedado junto a Logroño. Dicha ciudad fue cabeza de la Nación Cantábrica, como generalmente lo confiesan los autores: y con el plausible nombre de Cántabros corrieron por largos siglos, no sólo todos los naturales de la Rioja, según la demarcación señalada, sino también las Asturias, o montañas de Santillana, la Bureba, al señorío de Vizcaya, Alaba, Guipuzcoa, y Navarra la Alta, que es la contigua a la Rioja: y aun la Gascuña, que es Navarra la Baxa. Verdad es, que hubo tiempos en que fue más, y menos dilatada la Nación Cantábrica: y esto consistió en las crueles y dilatadas guerras de los romanos, con que casi por cinco años continuos, perseveraron en rendirla a su dominio.» (p. 22).

458. Brigo, personaje fabuloso, descendiente de Noé, que habría llegado a España y fundado en ella numerosas ciudades. Se alude a él en la explicación del final de la *Silva*. El padre Juan de Mariana, en su *Historia de España*, lib. I, cap. VII, que titula precisamente «De los Reyes fabulosos de España», afirma: «Y, como en España muchas ciudades se llamasen Brigas, como Mirobriga, Segobriga, Flaviobriga, imaginaron que en ella había vivido y reinado algún Rey, autor de los Brigas y fundador de Troya, y de muchas ciudades que tenían aquel nombre de Brigas en España.» (B.A.E., T. XXX, Atlas, Madrid, 1950, p. 8. I). Zárte sigue en esta pequeña historia de Logroño las

leyendas míticas sobre el origen y la fundación de la ciudad, que también recogen Albia de Castro y los autores citados. Este tipo de mitologías fundacionales tienen una larga tradición clásica, con la diferencia de que los personajes del Panteón religioso son trasfundidos en personajes bíblicos. (El lector no debe tomar muy en serio dichas opiniones).

463. Julio, alusión a Julio César, que sería el segundo fundador de la ciudad, trasladándola desde el Monte Cantabria al llano donde hoy se encuentra y llamándola Juliobriga. Cfr. *Memorial* cit. de Albia de Castro, pp. 41 y ss.

474-480. *Vid.* «Logroño, su sitio y alabaņas», del *Memorial* cit. de Albia de Castro, donde afirma: «Es tan abundante de fuentes Logroño dentro de sus muros, que conocí ocho públicas sin otras de casas particulares, y otras muchas fuera dellos, y gran infinidad en huertas y jardines, con infinita cantidad de agua, y tantos caños gruesos y artificiosos que causan hermosa y apacible vista, y la que llaman de Santiago por estar junto a su real Iglesia, es excelente, saludable, y fría de verano, y tambien otra del Rey que está en el campo, por quien a mi ver habló la silva: «Y a poco espacio en Ebro se despeña» (v. 109), por estar junto a él.» (p. 59, pp. 51 a 60). Cfr. el cap. «Fuentes públicas» de *Apuntes históricos de Logroño...* cit., pp. 261-67.

481-493. El río Ebro se ramifica en varios brazos a su paso por la ciudad, de ahí la alusión del v. 488 («se finge muchos siendo sólo un río»). Respecto a los ríos de que se acompaña (v. 490), indica Albia de Castro: «Y además del río Ebro, que bate las casas de Logroño... tiene otros que la rodean, y sino a propósito para la salud, son por cierto de gran amenidad y frescura. Yregua, uno dellos entra a limpiar, quando se quiere, por sus calles, lucidas, llanas y apacibles, ningunas hay, ni aun pueden ser mejores; y añado con Ioan Botero, más derechas, y assi están en medio del invierno muy limpias, y también aprovecha en ocasiones de fuegos a que es sujeta, poniendo

[90] Silva a la ciudad de Logroño

do es con gran presteza la agua necesaria, y otras varias cosas adherentes a ello de mucha estima, ornato y conveniencia, y no poco considerable para bañar parte de la campaña en tiempo de guerra.» (pp. 59 y 60).

Por otra parte, el v. 489 alude a la creencia de que el río Ebro se llamaba en latín Iberus, «por el nombre de Iberio segundo Rei de España, hijo y sucesor de Tubal, primer poblador della... Escribe Plinio que del nombre Iberus, llamaron los griegos a España Iberia, y a sus naturales iberos, de quien también le tomó Iberia en la Assia menor, llamada por otro nombre Georgia, por aver ido de acá gentes a su población o conquista, y esto es sin duda lo más cierto y fundamental, que aver primero venido gentes de allá a España...», *Del río Ebro que bate Logroño, y de sus cosas*, Albia de Castro, *Memorial* cit., pp. 61 y ss. *Vid.* también «Los más remotos nombres de España», A. García Bellido, *Arbor*, VII, Madrid, 1947, n.º 19, pp. 5 a 27, donde se deriva la palabra Iberia de un río antiguo de Huelva, el río *Iber*.

494-95. Albia de Castro alude a estos versos en su *Memorial* cit. con las siguientes palabras: «Plinio el maior alaba a Ebro mui rico, por su comercio navegable. Marineo Sículo ser sus aguas tan buenas y saludables que se llevaban en toneles o vasijas a diversas regiones, y aviendo de tratar de los ríos más insignes y principales de España (es su lenguaje), comienza por Ebro, y que naciendo en Cantabria la atraviesa, y luego a Navarra y Aragón, más 460 millas hasta Tortosa, do entra en el mar Mediterráneo, y con tanto ímpetu, que le divide, y a buen pedaço conserva el dulçor de su agua; y assí es muy a propósito lo de la Silva tratando dello: «Que dudarás si le vieras, / si entra en el mar, o el mar en sus riberas.» (p. 63).

497. Se refiere al puerto de *los Alfaques*, puerto del delta del Ebro, en la provincia de Tarragona, cerca de San Carlos de la Rápita.

525-27. Perífrasis para nombrar a Hércules, en su relación con el mito de Caco, hijo de Vulcano y dios del fuego, héroe local de Roma, al

que se alude en los siguientes versos. Zárate traslada la leyenda mitológica situada en Roma, el Tiber y el monte Aventino a Logroño, al Ebro y el Moncayo, llamado también por algunos autores Monte de Caco: «Una sierra muy alta en Aragón y un río que nace della dicho assí; y el río que nace della tiene el mismo nombre. Algunos quieren se aya dicho quasi mons Caci, monte de Caco, y son desta opinion Florián de Ocampo, Morales y Pineda, sin embargo que Abrahamo Ortelio le llama mons Caunus.» (*Cov.*, p. 811). El propio Zárate lo aclara al final de la *Silva*.

549. Represar, detener o estancar el agua corriente.

569. «Ejes del cielo», representación característica de la ciencia helénica, que aparece ya claramente definida en Platón, como una serie de esferas insertas las unas en las otras, de las que la más lejana es la de las estrellas fijas. El discípulo de Platón, Eudoxio de Cnido, desarrolló la teoría de su maestro, haciendo que la esfera de las estrellas fijas girase alrededor del eje del mundo de Este a Oeste. A dicho eje del mundo es al que se refiere Zárate. *Cfr.* «La ciencia helénica» en *Historia general de las ciencias, Vol. I. La ciencia antigua y medieval*, ed. Destino, Barcelona, 1971, pp. 265 y ss.

590-591. Albia de Castro: «Es también tan graso y copioso de árboles, frutas en mucha diversidad y perfección, ortaliça, y los demás frutos necesarios a la vivienda y regalo, que tiene lo que ha menester en sí. Dixo Solón a Creso (refiere Herodoto) que en una tierra no puede haber todo lo forçoso al sustento de sus habitantes; pero que aquella será mejor que tuviera lo más dello, y assí con mucha razón digo que Logroño es de las más aventajadas de España en esto, y gozar de tan grandes, hermosos y bien concertados viñedos, que parece que ni a la vista, ni al olfato, ni a la diversión y gusto, hay ni puede haber objeto más ostentativo, alegre, lindo y apacible, y tal en todo, que propiamente se dixo del en la *Silva*: «Aquí donde juzgar podrás que quiso / el cielo darnos fe del parayso.» (*Memorial* cit., p. 58).

[92] Silva a la ciudad de Logroño

502-3. La unión de la vid y el olmo representan «La amistad que dura aún después de la muerte», como afirma la inscripción de un emblema de Alciato, (*Emblemas*, Alciato, prólogo de Manuel Montero Vallejo, texto y notas de Mario Soria, Editora Nacional, Madrid, 1975, p. 63). El motivo ha sido estudiado con gran detalle por Aurora Egido («Variaciones sobre la vid y el olmo en la poesía de Quevedo: Amor constante más allá de la muerte», en *Homenaje a Quevedo II, Actas de la II Academia literaria renacentista*, al cuidado de V. García de la Concha, Salamanca, 1982, pp. 213 a 232), donde indica: «Las ramificaciones del tema alcanzan el simbolismo cristológico y resurgen en la literatura europea del siglo XV para extenderse en los géneros más variados: desde la comedia isabelina al canto épico, para reposar en los versos de Ronsard, Tasso y Goethe. Según Demetz, el *topos* no demuestra sino su capacidad de vivir una espléndida vida literaria, más allá del calendario a que los estilos y géneros obligan. Por otro lado, la costumbre de sembrar las vides junto a los olmos aparece constatada en los tratados de agricultura de Verrón, Columela y Plinio, remitiéndonos a un paisaje antiguo que todavía perdura en el sur de Italia y en el norte de Portugal.» (pp. 214-5).

604-7. Como también era habitual en la literatura pastoril italiana, los rebaños se sitúan en una zona montañosa, donde hay bosques además de prados y valles, y así puede representarse la «selva» como patria común de cazadores y pastores. Como afirma Gilbert Highet, «los cazadores, como los zagales, han tenido siempre un papel notable en la poesía bucólica. Unos y otros viven cerca de la naturaleza, prefieren los animales a los hombres, invocan el favor de Pan. En la décima *Bucólica* de Virgilio, Galo, infortunado en amores, espera curarse de su mal cazando el feroz jabalí en las rocosas alturas de Arcadia. El héroe de Admeto de Bocaccio no es un vaquerizo, sino un cazador, y en varios de los libros pastoriles

del Renacimiento aparecen cazadores y cazadoras como personajes prominentes». *La tradición clásica*, vol. I, cap. IX. «El renacimiento. La poesía bucólica y la novela», F. C. E., México, 1.ª reimp., 1978, p. 281). Además, las cacerías eran una ocupación de nobles y de reyes, y, en cualquier caso, un ejercicio de mayor rango social que el pastoreo, un ejercicio que podía recordar las estrategias bélicas y guerreras. Teniendo en cuenta que tanto Sireno como Mirtilo habían sido soldados del Emperador Carlos V, y habían combatido a su lado, la caza podría funcionar como sucedáneo de viejos combates y dispositivo mediante el cual alejar la nostalgia. Ya en la antigua poesía latina «se puede incluso afirmar que, en la medida de lo posible, la Cinegética queda dentro de la tendencia de la literatura de la época a hacerse eco, más o menos intenso, de la reforma moral propugnada por Augusto: en este sentido es elocuente el frecuente uso de términos militares para la actividad cinegética, que concuerda con la idea horaciana de la caza como Romana militia.» (*Poesía latina pastoril, de caza y pesca*, intr., trad. y not. de José A. Correa Rodríguez, Gredos, Madrid, 1984, pp. 12 y 13).

Por otra parte, los cuatro animales, «oso», «gamo», «jabalí» y «ciervo», pertenecen a la fauna mediterránea, y se han dado, o se dan, en la Rioja. Respecto del «oso», hace siglos que desapareció de las montañas riojanas, pero quedan todavía huellas de su presencia, incluso en topónimos como el del pueblo camerano de Valdeosera (valle de los osos).

610. «Fatigaba la sierra», en esta acepción, «fatigar» es un típico cultismo gongorino, utilizado por el poeta cordobés en la primera octava de la *Fábula de Polifemo y Galatea*, v. 8: «peinar el viento, fatigar la selva», ed. de Alexander A. Parker, Cátedra, Madrid, 1983. p. 133. La variante «selva» por «sierra» es una consecuencia del contexto en que se desenvuelve la silva. La fuente remota está en Virgilio, «pueri silvasque fatigant», como ha estudiado Vilanova en su estu-

[94] Silva a la ciudad de Logroño

dio *Las fuentes de Polifemo*, ed. cit., vol. I, pp. 195 y ss., en el que afirma: «El uso virgiliano de fatigar a los ciervos, acosados en su veloz carrera por los dardos y venablos de los cazadores, se convierte, al igual que la expresión fatigar la selva, en sinónimo de cazar. Y al cobrar esta acepción peculiar de la poesía renacentista, el uso de fatigar en el sentido de cazar, perseguir, acosar, que no excluye en modo alguno la idea de cansar con la persecución y el acoso, se hace extensiva a cualquier pieza venatoria.» (pp. 198 y 99).

- 613-14. El epíteto «cerdoso» aplicado al jabalí, está documentado en la poesía española desde la *Égloga II* de Garcilaso, vv. 191-92, «la colmilluda testa ora llevando / del puerco jabalí cerdoso y fiero» según apunta A. Vilanova en su *op. cit.*, p. 615. En cuanto a la imagen «de artificiales rayos prevenido», se trata de una variante de la imagen gongorina «cuyo cerro levantado de Helvecias picas es muralla aguda», oct. 54 del *Polifemo*, vv. 2-3.
617. Los años que coronan al ciervo representan la cuerna del animal y sus distintas ramas. El poeta ha subrayado este aspecto con objeto de presentar al ciervo como trofeo de caza.
637. «Licenciosas cabras»: los antecedentes más directos del adjetivo «licenciosas», están en las *Rimas* de Lope de Vega, ed. de 1602, *Égloga II*, vv. 110 y 111 («Dijo, y volviendo la cabeza al soto,/ vio las traviesas esparcidas cabras») y en el *Polifemo* de Góngora, oct. LIX, vv. 2-3, («Cabras aquí le interrumpieron, cuantas / vagas el pie,...»). El significado de «licenciosas» se identifica con «traviesas» y «vagas», a pesar de que en principio se le suele adjudicar una connotación ética. El matiz que posee en este verso es el de libre para moverse de un lado a otro. (*Vid.* Lope de Vega, *Obras poéticas*, ed., intr. y not. de José María Blecua, Planeta, Barcelona, 1983, p. 176).
745. Undoso, «El cultismo undoso aparece consignado por vez primera en el *Tesoro* de Covarrubias (Madrid, 1611), pero su uso es muy frecuente en la poesía española del siglo XVI a partir de Garcilaso

de la Elegía I de sus *Obras* (Barcelona, 1543), según Vilanova en sus *Fuentes...* cit., donde recoge testimonios del cultismo hasta Góngora, pp. 477-49. Fernando de Herrera fue el divulgador del cultismo, empleándolo repetidamente en sus obras. En el mismo verso 745 hay además otros dos cultismos, también utilizados por Góngora y documentados por Vilanova: confusa y nave.

Piélago está utilizado en el sentido de negocio dificultoso de concluir, «que no le halle pie el que entra en él.» (*Cov.*)

793. Cícladas, islas del mar Egeo que forman un nomo o departamento de Grecia. Zárate las califica con el adjetivo «inquietas» porque, perteneciendo a una misma alineación y formadas por un antiguo zócalo cristalino que aflora en casi todas ellas, «la juventud de su tectónica se traduce en fenómenos de vulcanismo y frecuentes terremotos.» [*Geografía descriptiva*, 2.^a ed., Rialp, Madrid, 1976, p. 245).





ÍNDICE

Prólogo a la edición crítica de la Silva

| | | | |
|---|--|-----|----|
| 1 | Semblanza biográfica de Francisco López de Zárate | ... | 5 |
| 2 | López de Zárate y su Silva a Logroño | ... | 10 |
| 3 | Criterios de la edición | ... | 22 |
| | Argumento de la Silva | ... | 27 |
| | Silva | ... | 29 |
| | Para inteligencia de la Silva | ... | 69 |
| | Notas a la edición crítica | ... | 71 |
| | Notas a los versos de la Silva | ... | 80 |

Ejemplar n°

A handwritten signature in black ink, reading "Luis de Góngora y Argote". The signature is highly stylized and cursive, with large loops and flourishes.

Ve la luz este cuaderno durante el agosto
pandémico y clandestino de 2021, durante
estos días se conmemoraba el V centenario
del Sitio de Logroño.

Las palabras, cera; las obras acero.

LUIS DE GÓNGORA Y ARGOTE